

EL BANDIDO NEIRA

rené león echaiz



EDICIONES



ORBE



RENE
LEON
ECHAIZ

EL BANDIDO NEIRA, de René León Echaiz, es una nueva obra del autor de "Francisco Villota, el guerrillero olvidado", que entrega ahora Editorial ORBE con la seguridad de que será recibida por el público como otro éxito de este escritor.

El bandido Neira es un personaje legendario en la vida chilena. Durante los años coloniales sembró el terror en caminos y villorrios del campo chileno, viviendo las más extraordinarias aventuras. Luego se sintió atraído por la causa patriota y tomó contacto con José Miguel Carrera, con San Martín, con Manuel Rodríguez, con Freire. Prestó, así, valiosos servicios a la causa de la Independencia Nacional; pero sin despojarse jamás de sus instintos ni de sus actuaciones de bandolero, hasta el instante mismo de su novelesca muerte.

René León Echaiz, Miembro de la Academia Chilena de la Historia, ha hecho una prolija investigación de la vida de Neira y la relata aquí con realismo y color. Las audaces e increíbles aventuras del bandido, sus vinculaciones con los próceres de la Independencia y el papel que desempeñó en esta gesta histórica, desfilan en las páginas de este libro, manteniendo vivo el interés del lector. Otros bandidos de la época, como Pascual Liberona y Cenizo, son evocados también vigorosamente.

La anterior obra del autor, "Francisco Villota, el guerrillero olvidado", fue elogiosamente recibida por la crítica. Fue editada también por ORBE y puede ser considerada como el mayor éxito de crítica en 1964.

Esta Editorial tiene la certeza de que no habrá de ser menor el éxito de "EL BANDIDO NEIRA".

EL
BANDIDO
NEIRA

Es propiedad.

Inscripción N° 29371.

ORBE, 1965.

Portada:

Jorge Ravassa

Derechos reservados para todos los países de habla española (c).

Printed in Chile. — Impreso en los talleres de la Editorial Univ. Católica.

RENE
LEON
ECHAIZ

EL
BANDIDO
NEIRA

EDITORIAL



ORBE

Santiago de Chile

Principales publicaciones del autor.

- 1.— Evolución Histórica de los Partidos Políticos Chilenos. Editorial Ercilla, Santiago. 1939.
- 2.— Historia de Curicó.— La Era Colonial.— Imprenta Universitaria, Santiago. 1952.
- 3.— Romancero de la zona central.— Imprenta Universitaria, Santiago. 1954.
- 4.— Interpretación Histórica del Huaso Chileno.— Editorial Universitaria, Santiago. 1955.
- 5.— Prehistoria de Chile Central.— Imprenta Poblete, Talca. 1957.
- 6.— Francisco Villota.— El guerrillero olvidado.— Editorial Orbe, Santiago. 1964.

Del mismo autor:

FRANCISCO VILLOTA, EL GUERRILLERO OLVIDADO
(Editorial ORBE)

Algunos conceptos de la crítica sobre esta obra:

“Como Encina, León Echaiz condiciona su experiencia de historiador a su designio sociológico de altura. El libro... es una noble contribución a la memoria de un olvidado actor cuya vida conmueve por adversa y malograda. El rostro de un Chile huaso y mestizo se engrandece a través de una pluma llana y diestra”.
(Ricardo Latcham. “La Nación”, Santiago).

“En suma, una evocación histórica amable, grata, llena de vigor y de colorido, en la cual se dan la mano la erudición histórica con la donosura del relato”.
(Agustín Villa Garrido. “El Diario Ilustrado”. Santiago).

“El libro, escrito en una excelente prosa, deleita al lector con un relato apasionante. La capacidad evocadora del autor, su estilo sobrio y elegante, su rica documentación histórica y su capacidad para suscitar el interés, infundiendo vida a las costumbres y gentes de otros tiempos, son un testimonio de las grandes dotes del señor León Echaiz para el cultivo de este género”.
(César Bunster. Boletín del I. de Literatura Chilena, U. de Ch.).

“Sus 272 páginas se leen, prácticamente, de “un tirón”. El estilo y el argumento que impera en ellas es sobrio, vigoroso, pleno de vida”.

(Oscar Ramírez Merino. “La Prensa”, Curicó).

“Una robusta biografía del juvenil luchador de la Independencia”.

(T. M. H. “La Unión”, Valparaíso).

“Aprendemos en estas páginas a mirar con los ojos de la simpatía esa figura magnífica, realmente olvidada, de Francisco Villota, que debería figurar, si no a parejas, por lo menos en un plano muy cercano a Manuel Rodríguez, a quien prestó tan eficaz colaboración... Ojalá se multiplicasen obras parecidas”.

(Gonzalo Orrego. “La Tercera de la Hora”, Santiago).

EL NIDO DE CUMPEO

Cae la tarde sobre los campos y vegas de Cumpeo. Por una ladera, lentamente, un niño conduce un pequeño hato de ovejas. El cencerro resuena por entre las quebradas y el valle. El niño marcha con aspecto cansado, desganaadamente. Va descalzo y cubre su cuerpo con un pequeño poncho deshilachado, que deja en descubierto sus piernas costrosas y enflaquecidas. A la distancia, otros pastores como él, conducen pequeños grupos de ganado y se van acercando a las grandes casas de la Hacienda.

El niño, sin apurar el paso, penetra por fin en los corrales de las casas. Es el último en llegar y un grito lo apremia apenas es avistado:

—¡José Miguel! ¡Apuráate...!

Cuando llega, el patrón, desde su caballo, lo recibe acremente, recriminándolo con palabras destempladas por su retraso. Un capataz, queriendo, sin duda, hacerse grato a su patrón lo zamarrea cruelmente y el niño tiene que hacer milagros de equilibrio para no caer.

Se queda mirando el niño José Miguel con ojos tristes, muy abiertos; y luego se marcha lentamente. Se aleja unos pasos; se detiene de pronto y vuélvese a mirar hacia las casas. Poco a poco la tristeza de sus ojos se va disipando y destellos de odio van asomando en ellos.

Una larga caminata debe hacer para llegar hasta el rancho de sus padres, oculto entre el follaje de una quebrada. Desde el corredor, sustentado sobre rústicos horcones, su madre lo recibe con voces destempladas. No sabe él por qué; pero siempre es así. Su madre, envejecida prematuramente, está siempre malhumorada y lo trata con brusquedad. En silencio, José Miguel se sienta en un piso bajo el corredor y espera la tasa de "ulpo" que, a veces, suele prodigarle su madre.

Al anochecer llega al rancho su padre. Como de costumbre viene ebrio y provocador. Increpa torpemente a su mujer y al niño y hay escenas de violencia, de golpes, de gritos. Vencido por la borrachera se duerme por fin en un rincón y la tranquilidad reina en el mísero rancho.

José Miguel permanece insomne durante largas horas, no obstante el cansancio que le ha dejado la jornada.

Día tras día, el niño José Miguel Neira hace en la misma forma su faena de ovejero en la hacienda de Cumpeo¹. Su vida es siempre igual, sin variantes, sin alternativas, con una sombría y dura monotonía, que lo va replegando cada vez más dentro de sí mismo. Mal alimentado, con una bolsa de harina que ha de sustentarlo durante todo el día; mal tratado; sin afectos. Mientras ve transcurrir el día en medio de sus ovejas, completamente solo, su pensamiento sin vuelo se estrella contra la amarga realidad, y únicamente ve injusticias, reprensiones, golpes.

Poco a poco se va endureciendo el niño José Miguel. Desconfía de todos, no tiene afectos para nadie; se le llena el espíritu de amargura; y se incrementan en él cada vez más los fermentos de odio.

¹ Ha podido establecerse que el padre de José Miguel Neira se llamaba Sixto Neira. Había sido arriero y dueño de una pequeña propiedad en el Astillero, a orillas del río Maule. Su madre era una campesina de apellido Mondaca. José Miguel nació hacia 1775 en el Astillero; y poco después de su nacimiento la familia ha debido trasladarse a Cumpeo.

II

LA TROPILLA DE MULAS

Colmado un día de tantos sinsabores y de vida tan aporreada, José Miguel Neira decide huir de su casa y de su comarca. Su espíritu anhela alejarse para siempre de patrones y de capataces. No quiere saber más de una madre gruñona y de un padre borracho y cruel. Solo, perdido entre los cerros o los caminos, vagando de un lado a otro, tendrá, sin duda, mayor tranquilidad y vivirá una existencia mejor.

Tiene sólo diez años. Poco sabe del mundo que lo rodea y su visión no va más allá de los montes y de los valles, de la floresta, de los arroyuelos en medio de los cuales ha nacido. Fuera de la gente de la Hacienda, sólo ha visto curas, funcionarios reales y, a veces, grupos de soldados. Ignora qué hay más allá de los lindes de la Hacienda; pero quiere alejarse. Odia todo aquello y anhela borrarlo de su mente, dejarlo atrás cuante antes.

Al amanecer acomoda como siempre su porción de harina y sin otra cosa que su poncho y los andrajos que lo cubren, abandona el rancho. En lugar de dirigirse como siempre a las casas de la Hacienda, sale por entre lomajes y bajíos al camino real.

Enfrentado al camino, José Miguel Neira se queda un instante desconcertado. Rodeado por alamedas o por año-

sos boldos y espinos, el camino real de la Frontera se pierde serpenteante hacia uno y otro lado. El muchacho se decide por fin, al azar, sin saber por qué, a marchar hacia el norte. A paso ligero avanza durante largo rato, en medio del mayor silencio y soledad. Ni un atisbo de vida se advierte a aquellas horas, como no sean las bandadas de pájaros que vuelan por doquier.

A medida que avanza la mañana el camino va tomando fisonomía de tal. Primero se encuentra con hombres a caballo; luego con una carreta que avanza pesadamente, dando tumbos. El niño pasa junto a ellos inquieto y presuroso, viendo en cada encuentro un peligro.

Sigue caminando sin detenerse, hiriéndose a veces los pies en los pedruscos del camino. De pronto advierte a la distancia una carroza que avanza entre nubes de polvo, rodeada por algunos soldados de caballería. Se queda un instante mirando, presa del más intenso terror y clavado en el suelo, incapaz de tomar alguna determinación. La carroza y los soldados hablan a su instinto de grandes y poderosos señores, sin duda semejantes a patronos y capataces que él ha conocido. Le tiemblan un instante las piernas; pero luego, ya sin vacilar, salta hacia un lado del camino y corre como un gamo, ladera abajo. No se detiene hasta que queda bien oculto en una quebrada, entre matorrales y peñascos.

No se atreve ya a regresar al camino, lleno para su imaginación de peligros y acechanzas. Sigue caminando por entre campos abiertos, cruzando matorrales enmarañados de litres y de boldos, hundiéndose entre los pajonales o trepando laderas. No lleva una dirección preconcebida y marcha al azar; pero, cual un personaje de leyenda, va inconscientemente siguiendo al sol en su marcha hacia el ocaso. No tiene otra guía para su trayecto; y así, poco a poco, va enfilando hacia la costa.

Camina José Miguel Neira durante todo el día, siempre tras el sol. Avanzada la tarde empieza a enfrentar los primeros cordones serrinos de la costa y penetra en ellos por pequeños valles o siguiendo el curso de bulliciosos arro-

yuelos. Por las laderas de los cerros o trepando a ellas advierte pequeñas huellas y senderos de herradura; y más adelante, internándose por las mesetas, una rústica carretera, en la cual se marcan los rastros de las carretas, endurecidos en la tierra gredosa. Por ella sigue el muchacho, rendido ya por la fatiga.

Cuando anochece, Neira se aparta unos pasos del camino y se acurruca entre unos matorrales. Aunque está rendido permanece largo rato pensativo, impresionado ahora de verdad por la tremenda soledad y el abandono en que se encuentra. Le llegan desde la distancia aullidos de zorros y gritos de buhos; pero aquello no lo atemoriza, acostumbrado como está a la vida a campo abierto. Luego se transpone y duerme con un sueño pesado, imperturbable.

Está amaneciendo en medio del bullicio mañanero de la naturaleza y el muchacho sigue durmiendo sin interrupción. De pronto, unos golpes descomedidos dados con el pie lo traen súbitamente a la realidad. Se endereza sobresaltado y restregándose los ojos advierte en el camino frente a él, a un grupo de hombres emponchados, con sombreros alones sumidos hasta los ojos y montados en pequeños caballos. Tras ellos una tropilla de mulas cargadas ramonea en el borde del camino. El hombre que lo ha despertado está de pie junto a él, sujetando de las riendas a su cabalgadura y contemplándolo con una sonrisa desagradable, que más parece mueca. José Miguel Neira siente que el pánico lo envuelve de nuevo; y en aquellos hombres montados, con rostros curtidos cubiertos con crecida barba rala, sólo ve "capataces", los terribles capataces que ha conocido en Cumpeo. De un salto está de pie y trata de emprender carrera cerro abajo; pero aun no ha empezado su huida y ya una mano ruda lo ha sujetado de las haldas del poncho, entre duras risotadas de todos.

En medio del camino, y cual pajarillo asustado, Neira inicia conversación con sus aprehensores y contesta con inquietud al interrogatorio que le hacen. Pronto se tranquiliza. Aquellos hombres son arrieros de sal, que en largas

y lentas jornadas vienen desde las salinas de la costa, transportando su producto, que venden en haciendas y poblados. Termina por relatarles sin reticencias la historia de su vida y su reciente escapada.

El que hace de jefe, poniéndole el ramal de las riendas sobre sus hombros, le dice rudamente:

—Súbete al anca y te venís con nosotros.

No vacila Neira ni un instante y de un salto está montado en el anca del arriero. Se sujeta fuertemente a los correones traseros de la silla de "huaso" y sonrío por primera vez, mostrando una fila de dienteillos irregulares y amarillos.

Los arrieros, a su vez, ríen con fuertes carcajadas; y entre bromas y gritos la tropilla emprende de nuevo la marcha. Avanzan lentamente, tras los pasitos cortos y calmados de las mulas, que con ademán seguro van sorteando los baches del camino. Al frente marcha la mula "madrina" con el cencerro colgado al cuello. El sonido metálico, armonioso, queda vibrando por entre los cerros.

A pleno sol, en medio de nubes de polvo, la jornada es agotadora. Neira siente que se le resecan los labios; y el sol, cayendo sobre sus espaldas o en su rostro, lo va hiriendo cruelmente. El camino sube y baja por entre los cerros; se interna, a veces, por entre tupida floresta de árboles rudos y fragantes; bordea quebradas; o cruza riachuelos.

A cada momento las mulas se detienen para ramonear; y en las vertientes y aguadillas hunden ansiosas el hocico. Hacia el mediodía la tropilla hace alto y los hombres desmontan para descansar y comer durante algunos instantes. A la sombra de un roble montañés, a pierna estirada, devoran algunas tortillas y harina de quinoa o de maíz que traen en sus morrales. El niño Neira come con apetito devorador.

Luego de reemprender la marcha empiezan a cruzar haciendas y poblados del valle central. Pasan por ellos lentamente, voceando su mercadería a grandes gritos:

—¡La sal, la sal!

El voceo da siempre buen resultado. Son detenidos a cada instante y la venta se realiza en medio del camino o de la callejuela, cubriendo enteramente la cabeza de la mula elegida, para aquietarla, mientras con el "almud" legendario se mide el producto.

José Miguel Neira, apretado en el anca, observa todo con ojos muy abiertos. Ante él se está abriendo un nuevo mundo, tan rudo como el que ha conocido desde que naciera; pero con más colorido, más humano y sin la dura sordidez de aquél.



MAULINOS PELA CARA

Varios meses han transcurrido desde que el niño fugitivo se agregara a los arrieros de sal.

Para José Miguel Neira esta nueva vida es decididamente grata, llena de emociones desconocidas. Se reduce a un ininterrumpido vagabundear entre las salinas y el valle central. La sal que ingeniosamente y por medios primitivos ha sido obtenida por los salineros, es envasada en sacos deshechos y parchados y luego conducida a lomo de mula. El viaje se hace lentamente, siguiendo el paso tardo de las mulas, y los hombres caminan armados de una paciencia perezosa, recibiendo sin inmutarse el polvo y el sol. Lían a cada instante sus cigarros en hojas toscas de maíz y, a veces, comen sin desmontar un puñado de harina o un trozo de tortilla. Si la sed los acosa echan mano a una calabaza que cuelga de la montura. Cuando se hace la noche duermen a cielo raso, en cualquier lugar reparado de los vientos, tendidos grotescamente sobre los mismos pellones de la silla de montar.

José Miguel Neira se ha acostumbrado a vivir con aquellos hombres rudos y primitivos. Montado en un caballejo que le han cedido, su cuerpo magro se tambalea por los caminos, al compás de la lenta marcha. Ni el polvo, ni el sol, ni el helado viento le causan mayor molestia. Y, al

mismo tiempo, se siente gozoso frente al cambiante panorama que se va presentando a sus ojos: caminos interminables, grandes haciendas, aldeas agrupadas a la vera de los caminos.

A veces recuerda como algo lejano y como una pesadilla su casa miserable, la Hacienda de Cumpeo, a su madre gruñona o a su padre borracho o a los capataces crueles. El odio le rebrilla entonces en los ojos y su cuerpo se estremece con un sentimiento de inquietud. Quisiera olvidar, desprenderse de todo aquello; pero no puede. ¡No! ¡José Miguel Neira no podrá olvidar jamás!

Imperceptiblemente el tiempo sigue avanzando.

El muchacho debilucho, desnutrido, harapiento, que un día recogieran los arrieros de sal, se va convirtiendo en hombre. Su cuerpo se fortalece; su rostro se curte y poco a poco empiezan a asomar en él algunos hilos hirsutos y ralos de barba incipiente.

En sus trayectos aprende a conocer todos los secretos de la región. Sabe como nadie de caminos y senderos. Descubre boquerones ocultos por la vegetación a orillas de los caminos, por los cuales es fácil huir en cualquiera emergencia. Adquiere amistades en los ranchos lejanos de las quebradas; sabe llegar a parajes desconocidos; conoce las haciendas y a sus dueños; sabe quienes son ricos y quienes son pobres; quienes tienen ganado y quienes guardan en sus bodegas vino o líos de charqui. Si es necesario apurar el paso, nadie conoce mejor que Neira "deshechos" que acortan camino por entre cerros o quebradas; y si es necesario descansar sin ser importunado por los traficantes, él conoce también rinconadas ocultas.

Los viajes han poblado al mismo tiempo su mente de relatos y supersticiones. Al anochecer, tras una jornada de camino, los hombres descansan junto a las hogueras; y entre sorbo y sorbo de vino se relatan hechos espeluznantes o

misteriosos de la región. Hay entierros de oro en las quebradas, que se anuncian por lucecillas errantes que se presentan a los viajeros durante la noche. Hay minas de caciques y de conquistadores, cuyas bocas fueron cerradas y permanecen ocultas; ánimas translúcidas errando por los caminos; "cueros" que amenazan en el vado de los ríos. Neira, desde sus primeros viajes, ha escuchado con ojos abiertos y espectantes tales relatos y ha creído en ellos a pie juntillas.

Nada, sin embargo, ha causado en él tan honda impresión como la existencia terrible y sanguinaria de los bandoleros de la región. Por aquellos años, todo el territorio comprendido entre los ríos Mapocho y Maule está sembrado de bandas de facinerosos que mantienen en alarma permanente a viajeros y a pobladores. Por los relatos de los arrieros junto a la hoguera o por las noticias terríficas que encuentran a su paso por haciendas o poblados, Neira ha podido conocer la extraña existencia de estos hombres, libérrima y desordenada, al margen de la ley y de la sociedad. Conoce sus más sanguinarias aventuras y aplaude cada vez que las víctimas son patronos avarientos o capataces desalmados.

Los bandoleros abundan por doquier en el amplio escenario amagado. Sus escondrijos se reparten en el llano de Maipo; en los faldeos del Pan de Azúcar; en las quebradas de Colchagua, de Curicó o de Maule; en los totorales del Cachapoal, del Teno o del Lontué; en las proximidades del embarcadero de Perales; o en los cerrillos de Teno. Sus capitanejos son personajes siniestros y desalmados, que han logrado imponerse sobre sus compañeros por actos singulares de arrojo o de crueldad; y tienen establecido todo un ritual para admitir secuaces en sus bandas. Algunos exigen que el aspirante sea capaz de soportar un determinado número de azotes; otros, que tenga coraje para luchar cuerpo a cuerpo y con cuchillo "pelado" con el hombre más fuerte de la banda.

La audacia de los bandoleros no tiene límite. Nadie vive en paz dentro de la comarca en que han sentado sus reales. Un día caen al anochecer sobre una estancia y bajo amenaza de muerte obligan a sus moradores a entregar todo el dinero y objetos de valor que puedan guardar. Otro día, protegidos por las sombras de la noche, arrean hacia sus escondrijos toda la caballada o el ganado de una hacienda. Y en otra ocasión caen sobre los viajeros, esperándolos en los recodos de los caminos o tras los montículos y matorrales². Si alguien se resiste, el asalto se convierte en sangrienta refriega. ¡Y ay del que cae derrotado en sus manos porque lo espera muerte segura y horrorosa! Los cadáveres de las víctimas son arrojados a los ríos o abandonados en cualquier lugar y muchas veces desaparecen para siempre.

Son en vano los esfuerzos de las autoridades para terminar con el bandidaje. Las tropas de línea y los milicianos son derrotados o burlados por las bandas audaces de desalmados. Nada pueden tampoco los hacendados de los contornos, que se organizan para hacerles frente ni los Alcaldes de Hermandad a cuya jurisdicción se les somete.

Pero de todos los bandidos, los que excitan más la imaginación del arriero Neira son los que han sentado sus reales en los cerrillos de Teno. En medio de los montículos que caprichosamente se extienden por el seco llano de ambas orillas del río Teno, se ha congregado una siniestra masa de delincuentes escapados de la justicia, de soldados desertores, de indios pehuenches o de mestizos. Organizados por capitanejos audaces han constituido bandas que acechan el paso de los viajeros. Ya no hay carruajes ni viajeros que puedan cruzar tranquilos los cerrillos; y para hacerlo, es menester organizar verdaderas expediciones armadas. Agazapados detrás de los cerrillos, les basta una

²“Estábamos en pleno reino de aquellos famosos salteadores, cuya historia aún no se ha escrito... Delante de ellos, Corrotea, Falcato Rojas y Felipe Altarriva no son sino caricaturas de rateros o de asesinos de encrucijada”. (Vicuña Mackenna. Historia Crítica y Social de la ciudad de Santiago).

pequeña polvareda para salir al camino real de la Frontera y caer sobre los viajeros en medio de una infernal algazara, armados hasta los dientes; y si los traficantes escasean, organizan entonces un asalto a una hacienda o a algún poblado pequeño.

La fama de los cerrillos de Teno se ha esparcido por todo el país. La audacia y ferocidad de sus bandidos se hace legendaria. No hay otro río en el país que arrastre más cadáveres que el río Teno; y es fama que, en muchos casos, para que la víctima no pueda ser reconocida se le arranca la piel del rostro. Aquella costumbre bárbara les ha valido un sobrenombre siniestro que recorre el país rodeado de un halo de terror: "maulinos pela cara".

Al mismo tiempo los cerrillos se pueblan de leyendas de tesoros ocultos por los bandoleros, de espectros que vagan pidiendo venganza. Unos arrieros encuentran un día semienterrada una carga repleta de talegos de monedas de plata, dejada allí por los bandidos. Se alejan con ella presurosos y en el camino van dejando un reguero de monedas que habrá de contribuir a aumentar el ambiente de leyenda.

Cada vez que Neira con sus arreos de mulas cruza los cerrillos de Teno, libre él y sus compañeros de la amenaza de los bandidos por su aspecto desharrapado y por su oficio, contempla extasiado los montículos que se extienden por doquier y las humaredas que se levantan a lo lejos, sin duda desde las madrigueras de los bandidos. Piensa, acaso, sin decírselo a nadie, en la emocionante y pintoresca vida de esos hombres, retribuidos con oro a puñados... o con la muerte; y la compara con su propia vida, dura, pesada y apenas retribuida con unos cuantos reales.

Y sigue transcurriendo el tiempo. Meses... Años...

Neira es ahora un mocetón que bordea los veinte años. Con otros arrieros va guiando una carga de trigo por el camino de la Frontera en demanda de los molinos del cerro

San Cristóbal, en los alrededores de la ciudad de Santiago. Está hecho ya enteramente a su oficio y ha ampliado su esfera de acción hacia el transporte de productos. No lo ligaron por mucho tiempo los salineros con quienes empezó a vagabundear; y de la compañía de ellos pasó a otros y a otros, guiado por cualquier rencor personal o por la conveniencia de mejores condiciones. Luego dejó las salinas y asociándose con otros arrieros, empezó a transportar trigo desde las estancias hasta los molinos, que abundan en villas y poblados. Lleva ahora una carga de una hacienda de la costa para ser molida "a maquila" entre las soleras y voladoras de los molinos que se han levantado en los faldeos del cerro.

Entran a Santiago por la calle de San Diego el Viejo; y luego de torcer por la Cañada hacia el oriente enfrentan el cerro chico de Santa Lucía. Su aspecto sucio y desgrefiado, las cansinas mulas y el sonido del cencerro, no causan admiración alguna en la capital del Reino, que sigue siendo una aldea grande y nada más. Para acortar camino penetran por un estrecho senderillo que corre por los faldeos orientales del cerro. Las mulas y los caballos chapotean en los charcos que cubren la calleja, en la cual se desbordan impunemente los canales vecinos. Los patos que apaciblemente se crían en ellas le han dado el nombre de "Calle de los Patos"³.

Un arriero viejo, al pasar frente a una casa llama la atención de los demás hacia un hombre emponchado, vestido con buenos arreos de huaso, que descansa en la puerta arrellanado en un sillón frailerero.

—¡Es don Pascual Liberona!, dice en voz baja.

Con disimulo todos vuelven la vista para observarlo. Por su aspecto y por su vestimenta es, sin duda, un hombre acomodado. La casa misma, con un amplio portón de gruesa madera, con largueros y travesaños, da la impresión de holgura.

³ Actual calle de Valdivia.

El arriero viejo, ante la curiosidad de los demás, da explicaciones: Don Pascual Liberona es un hombre acomodado, de considerable fortuna, que se ha construido esa espléndida casa en la calle de los Patos. Vive cómoda y apaciblemente y tiene fama de "caballero" y acogedor. Mantiene con los vecinos cordiales relaciones y a todos trata con modales corteses. Pero Liberona tiene vida doble. De vez en cuando abandona su casa con el pretexto de salir a los campos a comprar animales o gallinas. Entonces se convierte en un bandolero feroz, al frente de una banda que siempre lo está esperando. Se enseñorea de la Cañadilla y de todo el sector norte del río Mapocho, hasta la cuesta de Chacabuco. Su especialidad es la de atajar las cargas de patacones que los comerciantes envían hacia el Puerto. Cuando su situación se hace difícil y empieza a ser perseguido por la justicia, Liberona se retira de nuevo a vivir apaciblemente y como "caballero" en su casa de la calle de los Patos. Allí nunca se le ha molestado, sin duda por falta de pruebas.

Neira escucha el relato con reconcentrada actitud. Liberona se levanta ante él como un héroe, digno de imitar. Esa existencia doble, esa manera magistral de burlar a las autoridades, amasando mientras tanto una respetable fortuna, son para Neira un ideal que él mismo, acaso, quisiera alcanzar. Hace algunas preguntas al arriero que ha hecho el relato; y luego se sume en un silencio hosco, con los ojos brillantes y las mandíbulas apretadas. Pronto llegan hasta la ladera del San Cristóbal y ante el molino empiezan a descargar las mulas. Deberán esperar, acaso hasta el día siguiente, para regresar con la harina.

IV

LA BANDA DEL CENIZO

La vida de Neira transcurre por algún tiempo sin alteraciones. Enrolado en una o en otra partida de arrieros, continúa recorriendo los campos y los pueblos de la zona central, llegando, a veces, hasta la capital del Reino.

En el año de 1796 tiene una impresión que será para él imborrable. Su héroe, Pascual Liberona, es por fin aprehendido por las autoridades y se logra probarle numerosos crímenes y asaltos. Termina por ser ahorcado en la Plaza Mayor de Santiago. Neira se siente desconcertado ante aquel final que jamás imaginó; y durante varios días se le ve con el gesto enfurruñado y pensativo.

Pero aquello termina por fin. No es hombre para mantener sentimientos ni para condolerse mantenidamente de alguien; y él sigue su vida adelante, como arriero vagabundo, sin asentar pie en ninguna parte.

Sin embargo, sus compañeros empiezan a notar poco a poco un cambio notable en su manera de ser. Su carácter se va haciendo más agrio, más irascible. Busca pendencia a sus compañeros y a los traficantes, con cualquier pretexto, y en más de una ocasión ha sacado a relucir su corvo. Con los estancieros de quienes recibe trabajo se ha vuelto altanero y atrevido, dando salida a un odio recóndito que, sin duda, había venido reprimiendo.

No cabe duda que va evolucionando lenta e imperceptiblemente hacia el bandidaje. Durante los viajes, en varias ocasiones, ha cometido robos de animales al pasar por las haciendas. Un día es un caballo de montura que encuentra apropiado para su uso; otro, es un vacuno para carnear y utilizar el cuero.

Una mañana, luego de haber pernoctado los arrieros en las proximidades de los cerrillos de Teno, sus compañeros lo encuentran en animada conversación con un grupo de hombres emponchados, sin duda bandoleros.

Cuando emprenden la marcha, Neira se mantiene en silencio durante largo rato; pero luego empieza a hablar con animación y relata hechos y aventuras, para él inigualables, de los bandoleros. ¡Cómo caen a sangre y fuego sobre las estancias, humillando a los patrones! ¡Cómo atajan a los comerciantes cargados de mercaderías o de patacones que se arriesgan por los cerrillos!

Aquellos hombres lo han informado, además, de un nuevo capitanejo que se está destacando en los cerrillos. Se llama Paulino Salas y es un hombre acomodado, de buena presencia, que lleva una vida muy semejante a la de Pascual Liberona. Es propietario agrícola y luego de pasar algún tiempo preocupado de atender sus intereses y sin despertar sospechas de nadie, se encamina a los cerrillos y capitanea su banda. Las aventuras que de él se cuentan son interminables y no hay bandolero que no desee prestar servicios a sus órdenes. Neira se entusiasma haciendo este relato y vuelve a repetirlo una y otra vez. Sin duda, tiene ya un nuevo héroe.

Los arrieros, aunque habituados a estas cosas, lo escuchan con algo de sorpresa y se atemorizan al observar los fulgores siniestros que brillan en sus ojos. Cuando Neira calla, todos permanecen en silencio.

Durante algún tiempo más, José Miguel Neira continuó junto a la partida de arrieros y no volvió a hablar de los bandidos ni de Paulino Salas. Pero un día, inesperadamente, desapareció. Al despertarse los arrieros, luego de pasar

la noche a orillas de un camino, no encontraron a Neira ni a su cabalgadura. Lo buscaron durante largo rato; pero al no encontrar ni rastros de él, reemprendieron el viaje. No pasaría mucho tiempo sin que recibieran noticias de su antiguo compañero.

José Miguel Neira galopa ahora sin descanso por el camino de la Frontera. Está ya el sol alto y él viene en marcha desde que abandonara a sus compañeros, antes del amanecer. Su cabalgadura resopla, sudorosa, y va levantando una nube espesa de polvo. El camino es largo, interminable. Ondula caprichosamente por entre los campos, trepa por ásperas laderas y cae de trecho en trecho en los altos totorales de los arroyos.

Neira lleva ahora una idea fija y definitiva. Le ha cansado ya la vida incolora del arriero y quiere algo más fuerte, más violento, más productivo. Su lenta e imperceptible evolución va llegando ya a sus etapas finales. El niño triste, aporreado, convertido en arriero; el hombre vagabundo, que ha conocido los más ignotos lugares, que sabe de estancias y caminos, que no ha conocido afectos ni bondades ¿a qué abismos no podrá ser llevado? Quiere, pues, ser bandolero, ponerse a las órdenes de su nuevo héroe, el terrible y siniestro Paulino Salas. Ya algo ha adelantado en su conversación con los bandoleros realizada en los cerrillos de Teno tiempo atrás; y sabe donde encontrar a Salas.

A corta distancia de la ribera del río Teno, José Miguel Neira tuerce riendas y va penetrando por el lugarejo de Quilvo. Junto a un pequeño sendero vecinal se extienden, distanciados unos de otros, algunos ranchos miserables de quincha y totora. Semiocultos por árboles frondosos y por altos matorrales, sólo ofrecen a la vista sus techumbres descoloridas y ondulantes. Es un lugar de pequeños propietarios, cuyas fincas, cual angostas lenguas, se extienden hasta las orillas mismas del río. En una de esas propiedades tiene

su actual paradero Paulino Salas. Protegido por el secreto de los vecinos, está pernoctando en una pequeña ruca al pie de un cerrilló, que se le ha facilitado.

No tarda mucho José Miguel Neira en dar con el paradero de Salas. Lo encuentra reposando a la sombra de un árbol, con el caballo ensillado a corta distancia. A la vista del desconocido que irrumpe en su escondrijo, Paulino Salas de un salto está de pie y se queda esperándolo expectante, con las piernas abiertas y la mano firme sobre el corvo.

Neira se acerca respetuoso, tratando de esbozar una sonrisa y llevando su mano hacia el ala del sombrero, en un gesto fallido de descubrirse. Se quedan unos instantes frente a frente, observando el bandido al recién llegado con desconfianza y malhumor; y mirando Neira con curiosidad y admiración.

Paulino Salas es el primero en hablar:

—Ud. dirá, don...

Neira se explica a tropezones. El es hombre conocedor de toda la región, sabe de caminos y de escondrijos, puede guiar hacia casas y haciendas que ocultan verdaderas fortunas... Quiere ingresar a la banda de "don Paulino". No le falta valor ni decisión y es diestro para manejar el "corvo" o el "choco".

Paulino Salas permanece en silencio por algunos instantes, dejando traslucir, a través de sus ojos, destellos de malicia. Es un hombre de buena presencia, alto y fornido, de rostro blanco y facciones bien diseñadas. Frente a él, la presencia de Neira, moreno, tosco, desgreñado, contrasta notoriamente.

De improviso Salas se acerca a Neira con ademanes felinos. Lo toma de su chaqueta y lo remece violentamente. Luego gira a su alrededor, lo mira de arriba abajo, palpa la musculatura de sus brazos, cual mercante de animales interesado en una compra. Por fin, le da un empujón brutal, tratando de derribarlo.

Neira ha permanecido impassible, conocedor ya de las extrañas costumbres y procedimientos de los bandoleros. Ni un músculo de su cara se ha movido; no ha retrocedido un paso, resistiendo a las violencias. A no ser por el rebrillo de malicia de sus ojillos, diríase una imagen hierática.

Salas ríe por fin, con una carcajada estruendosa y se dirige a Neira:

—Está bien. Te quedás conmigo. ¡Pero si se trata de una traición, pobre de ti! ¡No daría medio real por tu pellejo!

Luego se estrechan las manos, mientras Neira murmura algunas expresiones de gratitud.

Así quedó José Miguel Neira, tras esta escena de leyenda, incorporado a la banda de Paulino Salas.

Aquella misma tarde tomó contacto con algunos de los más connotados secuaces de su nuevo jefe. Salas lo guió a través de la árida pampa sobre la cual se desparramaban los famosos cerrillos de Teno. Era una extensión interminable, áspera y seca, cubierta apenas por pequeños yerbajos, por entre los cuales saltaban nubes de langostas. Al paso de las cabalgaduras de Salas y de Neira se va levantando un polvillo tenue y asfixiante.

Ocultos tras los cerrillos o en medio de las quebradas, van encontrando a los componentes de la banda. Están por el momento así, desparramados, en espera de un llamado del jefe para emprender alguna acción. Paulino Salas va presentando a Neira, en medio de chanzas y expresiones obscenas. Por fin lo deja con un grupo de ellos, instalados en una mediagua adosada a un cerrillo. Allí habrá de permanecer hasta que llegue el momento de actuar.

Cuando por fin son llamados para emprender algunas operaciones que el jefe ha planeado, Neira no puede disimular su alegría. ¡Ha llegado el momento ambicionado por él! Ahora podrá dar rienda suelta a sus instintos, a sus odios, a su codicia. Ahora podrá desquitarse de una vida de sufrimientos y privaciones, de miseria y de humillaciones, aun cuando sea a costa de exponer su vida.

Paulino Salas resulta un buen maestro para Neira. Con él aprende a manejar diestramente la carabina y a dar golpes traicioneros con el cuchillo; se hace diestro en escurrir el bulto, tendido casi sobre su caballo y confundido con él.

Agazapados tras un cerrillo, los bandoleros de Paulino Salas esperan el paso de algún carruaje o de algún grupo de viajeros a caballo. Un "loro" instalado a la distancia les hace la señal convenida y ellos parten a todo galope hacia el camino real. Los viajeros se entregan, a veces, sin lucha; pero en otras se defienden bravamente. Carrozas, diligencias, carretas, caravanas de mercaderes, van cayendo en manos de la banda. El dinero, las mercaderías, el vino, la ropa, se van acumulando en los escondrijos. Neira ríe cada vez más satisfecho, después de cada acción; y elige su presa con avidez. Sus faltriqueras están llenas de patacones o macuquinas, que hacen un grato ruido metálico cada vez que las palpa. Viste ahora con extraña elegancia, enfundado en ropajes arrebatados a sus víctimas y usa armas costosas y eficaces.

Cuando se cansan de asaltar viajeros o su permanencia mantenida en un mismo lugar se hace peligrosa, emprenden viajes hacia el sur o hacia el norte; llegan a veces hasta las puertas mismas de Santiago; o se internan por valles cordilleranos o costinos. Buscan haciendas que valga la pena asaltar. Neira, conocedor experimentado de toda la región, presta en esto a la banda servicios impagables. Al atardecer, cuando todo parece reposar en paz o en altas horas de la noche, irrumpen violentamente en las casas elegidas. Amenazan y hieren a sus habitantes, hasta que consiguen el fin perseguido y se alejan con el dinero celosamente guardado o escondido por los estancieros o arrean con sus animales. En ocasiones más difíciles, en casas resguardadas o protegidas, o en estancias fuertemente cercadas, se valen de la astucia. Dos o más de los integrantes de la banda se presentan al anochecer, con aspecto humilde, y piden alojamiento. Los demás esperan en los contornos y

hacia la medianoche los facinerosos dominan ya enteramente la situación.

Neira se va destacando en todas estas acciones. Sus compañeros reconocen su audacia y su valor, su astucia para urdir picardías, la rapidez y eficacia con que actúa. Poco a poco van adquiriendo respeto hacia él. El mismo Paulino Salas lo distingue y lo prefiere, encomendándole misiones difíciles o haciéndose acompañar por él en merodeos más reservados. A su vez, José Miguel Neira se va haciendo cada vez más fuerte, más duro, más cruel, más implacable. No siente ya el menor escrúpulo en asesinar a sangre fría, en martirizar a los bravucones o en desollar el rostro de las víctimas, según el hábito maulino. Vive ahora plenamente su existencia, enteramente a sus anchas. No cabe duda que ha encontrado, por fin, su destino.

Aquella mañana la banda descansa junto a la corriente cantarina de un arroyuelo, oculta entre los totorales y a la sombra de un sauce. La faena de aquella noche ha sido extraordinariamente productiva y contemplan extasiados los talegos repletos de monedas, los cofres de joyas, las ricas vestimentas de hombres y de mujer, que han extendido sobre el suelo húmedo y pedregoso, para hacer el reparto.

Paulino Salas se muestra excitado y alegre. Como están muy próximos a la ciudad de Santiago concibe la idea de llegar hasta ella para visitar a viejas amistades. El botín que contemplan proviene de haciendas de gente de calidad, que durante la noche han asaltado. En él hay ropa y joyas "delicadas", según el decir de los bandoleros. ¿No podría hacer con ellas algún regalo rangoso? Salas tiene en la calle de las Cenizas una mujer que le ha sido fiel durante mucho tiempo y a la cual visita de tarde en tarde. Pues ahora tiene la ocasión de mostrarse magnífico con ella.

Sin poder contener la risa, Paulino Salas va acomodando en un saco brillantes vestidos de seda, faldellines,

zapatos, medias; y coloca en sus bolsillos rutilantes joyas. Todo aquello forma parte de su botín y él lo da por bien empleado llevándolo a su "prenda" de la calle de las Cenizas. Luego llama a José Miguel Neira, como a hombre de confianza, y le pide que lo acompañe. Los demás bandoleros deberán regresar de inmediato al escondrijo de los cerrillos de Teno para evitar persecuciones. El y Neira, tratarán de alcanzarlos después.

Con continente alegre, Paulino Salas y José Miguel Neira parten hacia Santiago, usando senderos extraviados por en medio de los campos. Poco conversan durante el trayecto, pues Salas, sumido en sus pensamientos, marcha en silencio la mayor parte del tiempo, dejando entrever de cuando en cuando una sonrisa maliciosa. Se propone pasar algunas horas de alegría y jolgorio con su amiga de Santiago, a quien recuerda con agrado. Es una mujer de buena presencia y de no muy limpia conducta, que vive con otras hermanas como ella en una modesta casita. Salas, que sólo la visita tardíamente, no le ha exigido jamás total fidelidad; pero la mujer tiene por él marcadas preferencias y cada vez que llega deja todo de mano para atenderlo. Sin saber cómo, desembocan de pronto en la Cañada y avanzan por entre los sauzales hasta enfrentar la calle de las Cenizas⁴.

Se detienen unos instantes junto a unos matorrales y Paulino Salas desmonta. Neira sostiene las riendas de su cabalgadura y se decide a esperarlo, atento a cualquier evento. Nada le importa una larga espera, pues sabe que Paulino Salas recompensa espléndidamente en estas ocasiones.

Paulino Salas penetra con paso ligero, cargando el saco con los regalos. La calle de las Cenizas es un callejón transversal cubierto de fango. Allí están ubicadas las famosas "jamonerías" de Santiago, en las cuales se fabrican jamones y perniles. Del interior de ellas se arrojan a la calle los

⁴ Actual calle San Martín.

residuos de ceniza de los hornillos, que van formando montones en el medio de ella, dándole, en el decir popular, el nombre que ostenta. El bandolero avanza sorteando charcos y percibiendo el agradable aroma de los cocimientos que sale al exterior desde las jamonerías. Frente a la casa de sus amistades se detiene un instante y mira a ambos lados de la calle. Sonríe satisfecho al no percatarse de peligro alguno y da fuertes golpes con su mano en la puerta de madera.

Pero, sin que los bandoleros lo imaginen, alguien ha sido más listo que ellos. Mientras en la noche anterior abandonaban las casas de la última hacienda asaltada, acertó a pasar por el camino real el Alcalde de Hermandad de los contornos. Por la catadura de los hombres y por los bultos que portaban percatóse al instante de la gravedad del momento. Sin pensarlo dos veces picó espuelas a su caballo y se ocultó tras unos arbustos. Los dejó pasar y luego los siguió solapadamente por dentro de los campos y sin apartarse de la orilla del camino. Cuando los bandoleros se detuvieron para el reparto del botín, amarró su cabalgadura y se arrastró hasta muy cerca de ellos, presenciando toda la escena y dándose cuenta cabal de quienes se trataba.

Había seguido luego a la distancia a Paulino Salas y a Neira en su viaje hacia Santiago. Oculto en los cañaverales de la Cañada vio a Salas penetrar por la calle de las Cenizas y lo siguió con la vista hasta que golpeó en la puerta de la casa. De inmediato, y tratando de no hacer ruido había torcido riendas a su caballo y por callejones extrañados se había dirigido a todo galope a dar aviso a la policía. Su acción, realizada con habilidad y con sigilo, no había despertado la menor sospecha de los bandoleros.

Paulino Salas, mientras tanto, está pasando momentos de grata expansión en casa de su moza. Ríe fuertemente, mientras la mujer, extasiada, contempla los vestidos y las joyas. Se sobrepone un hermoso tapado para ver el efecto y le blanquean los dientes de satisfacción. Salas, avanzando

en sus requerimientos, le da rudas palmadas y trata de acercarla hacia él. Se dispone a pasarlo alegremente, aunque Neira espere en la esquina de la Cañada. Las otras mujeres se acercan curiosas a mirar y tocar los regalos. Alguien trae una bandeja con mistelas y Salas bebe satisfecho, echado atrás en un sillón fraileroy con las piernas estiradas.

De pronto, alguien da la voz de alarma. Por el lado norte de la calle se vienen acercando algunos soldados y parece que quisieran rodear la casa. Paulino Salas, abandonando su alegría, se levanta sobresaltado y entreabre una ventana para observar hacia el exterior. La cierra enseguida precipitadamente y vuelve al centro de la habitación con el rostro descompuesto. Lo que ha observado lo llena de ira y de temor: un destacamento numeroso de dragones de la Reina está detenido frente a la puerta de la casa. No le cabe duda de que sólo a él es a quien buscan.

—¡ Pronto, dice, tengo que huir por el fondo de la casa!

Avanza algunos pasos hacia el interior; pero se detiene en seco y vuelve corriendo hacia la habitación. Otro piquete de dragones, que ha penetrado, sin duda, escalando murellas por el fondo de la casa, viene avanzando por el huerto. Paulino Salas parece estar atrapado definitivamente; pero no es hombre para entregarse así no más y se dispone a defenderse desesperadamente.

No lleva en esos instantes más arma que un trabuco y un choco ceñido a la cintura. No pueden serle de utilidad en aquel trance, porque es necesario abrirse paso por entre los soldados. Mira consternado por toda la habitación y sus ojos tropiezan de pronto con un viejo sable colgado en la pared, que algún parroquiano ebrio ha dejado, tal vez, olvidado. Se abalanza hacia él y lo esgrime con energía, dejando entrever una sonrisa de satisfacción.

Con el sable en alto se abalanza Paulino Salas hacia la calle. Cae sobre los dragones fieramente, descargando mandobles a lado y lado. Los soldados son en el primer momento cogidos de sorpresa por la inusitada y valerosa

acción del bandolero. Casi todos están de pie, con los caballos sujetos de las bridas, sin más misión aparente que la de esperar el apresamiento para ellos inminente del bandolero, que habrá de hacer el piquete que avanza por el interior. Cuando se reponen de la sorpresa, Paulino Salas, luego de dejar varios heridos, corre calle abajo en demanda de la Cañada.

Varios dragones se abalanzan en persecución del bandolero, unos a pie y otros a caballo. Lanzan algunos disparos; pero Salas sigue corriendo como un gamo, al parecer sin ser alcanzado.

Mientras tanto, José Miguel Neira, al sentir desde la Cañada los gritos y disparos, comprende de inmediato que su jefe se encuentra en algún trance difícil. Sin vacilar, se dirige al galope hacia la calle de las Cenizas, arrastrando de las bridas el caballo de Salas. Al primer vistazo se hace cargo de la situación y coloca los caballos al través en la calle para que Salas pueda saltar sobre el suyo. Jadeante llega por fin Paulino Salas hasta donde Neira lo espera y hace ademán de saltar sobre la montura; pero se contrae de pronto, llevándose ambas manos hacia abajo. Neira comprende que una bala lo ha herido en esos instantes y asiéndolo fuertemente de los brazos lo ayuda a subir.

En loca carrera, que levanta en la calle nubes de ceniza, se lanzan hacia la Cañada. Ya en ella, perdidos entre los cañaverales, hacen imposible toda persecución. Los dragones se devuelven, ya sin esperanzas, dando por fracasada la cacería que tan simple se presentó a sus ojos desde el primer momento.

Paulino Salas y Neira avanzan un apreciable trecho por entre la vegetación de la Cañada. De pronto tuercen riendas hacia el sur y penetran por un sendero, que Neira conoce, a los campos abiertos que se extienden en esa dirección. Neira sabe salir por él hacia el camino de la Frontera, cruzando por la Plaza de Abastos de la calle San Diego el Viejo.

Paulino Salas ha sido alcanzado por una bala en una pierna y sangra abundantemente. Se envuelve la herida con la faja "huasa" que lleva en la cintura y siguen caminando.

Ya en pleno campo, piden ayuda en un rancho amigo. Con los ojos muy abiertos por el terror una vieja lava la herida de Salas con manos torpes y luego lo venda con un trozo de lienzo. No se atreven a permanecer allí más de lo necesario para la curación, ante el temor de ser perseguidos por los dragones; y emprenden de nuevo la marcha.

Salas siente dolores agudos y lo va dominando la fiebre. La bala parece haberle deshecho las carnes y penetrado hasta el hueso, dándole por momentos la impresión de cosa muerta, que cuelga en la montura.

Siguen caminando lentamente, zigzagueando por senderos poco conocidos. Salas, dominado por la fiebre, habla por momentos locuazmente.

—Las mujeres, Neira, dice... Siempre las mujeres... Son la perdición del hombre... Y esta vida perra que no termina, siempre perseguido, siempre arriesgando el pellejo...

Neira se pasa la mano abierta por el rostro sudoroso y le contesta con voz ronca:

—Yo no me apego nunca de firme a ninguna mujer, porque traen la desgracia.

Y con una mueca grotesca, a manera de sonrisa, le agrega:

—La mujer sirve pa una sola cosa... Hay que agua-charlas, por las buenas o por las malas, una vez a una y otra vez a otra; pero dejarlas enseguida...

No contesta las otras lamentaciones de Salas, que considera incomprensibles. Y lo observa de soslayo, dudando de su juicio.

Luego de instalado en su madriguera de los cerrillos de Teno, tras la fatigosa marcha desde Santiago, Paulino Salas permanece algunos días entre la vida y la muerte,

dominado por la fiebre. Uno de sus secuaces se ofrece audazmente para llegar hasta la villa de Curicó o de San Fernando y traer desde allí un médico que extraiga la bala y haga las curaciones, aunque sea necesario forzarlo bajo amenazas para que haga el viaje; pero la idea es desechada porque significa un paso peligroso. En cambio se trae desde Teno una vieja curandera que permanece varios días junto al camastro del herido.

Son en vano los ensalmos y emplastos de hierba que la vieja ensaya. La herida es extraordinariamente grave y la bala, que es imposible extraer, parece haber desgarrado quién sabe qué articulaciones y astillado los huesos. Pero, por fin, la fuerte naturaleza del bandolero empieza a imponerse. La fiebre baja y los dolores desaparecen. Salas, enflaquecido y pálido, empieza a ingerir mayor cantidad de alimentos y a interesarse por lo que lo rodea.

Los bandoleros, y entre ellos José Miguel Neira, consumidos por la obligada ociosidad, siguen expectantes el curso de la enfermedad, mientras se entretienen a su alrededor acomodando riendas y aperos de montar.

Un día, Paulino Salas se siente con fuerzas para levantarse. Se coloca el poncho y afirmándose en las manos intenta salir del camastro. Con sorpresa advierte que le es imposible hacerlo por sí solo y pide ayuda. Dos hombres lo levantan y lo sostienen por algunos instantes. Paulino Salas pasea a su alrededor una mirada llena de furia, desconcertado e indeciso. Ha comprobado la terrible realidad: la pierna herida no le obedece y allí está, flácida, deshecha, muerta.

—¡Estoy “bandeado”!, exclama con un grito como de bestia herida. Y se deja caer de nuevo en el camastro, permaneciendo allí hosco y silencioso, con la vista fija en el inmenso llano que se extiende desde la puerta de su refugio.

En los días siguientes, algunos de sus hombres empiezan a traerle noticias. La hazaña de la calle de las Cenizas corría ya por todo el país, con oropeles de leyenda. Traída y llevada por arrieros y mercantes, era relatada con admi-

ración en ranchos y en estancias, en aldeas y en villas. En Santiago mismo, el pueblo reía a mandíbula batiente por el ruidoso fracaso de los dragones de la Reina, hábilmente burlados por dos bandoleros. Los facinerosos, repartidos en la zona central, miraban ahora a Salas con admiración. Y en todas partes no se le conocía sino por un apodo: el Cenizo. Paulino Salas había muerto en aquella aventura; pero había nacido el Cenizo, cual nuevo héroe popular y nimbado por la fama.

Se va sintiendo cada vez más animoso con las nuevas noticias. ¡Es la fama, que le llega inesperadamente, aunque conquistada a un alto y duro precio! Hace cortar algunas ramas firmes en las quebradas vecinas y con ellas se fabrica, con sus propias manos, una rústica muleta para reemplazar la pierna baldada.

Apoyado en su muleta, el Cenizo se pasea alrededor de su rancho, dando órdenes y revisando la caballada. Está ya de nuevo lleno de actividad y de entusiasmo, deseoso de lanzarse en una y en otra aventura.

No transcurren muchos días sin que pida su caballo. Frente a él, lo acaricia sonriente, casi con ternura, y ordena a uno de sus hombres que lo ensille. Sin pedir ayuda a nadie, dándose impulso con la muleta, el Cenizo salta sobre la montura. Una vez en ella, hincha su pecho y erguido orgullosamente, pasea su mirada por entre sus hombres que lo miran embobados. Luego grita, alzando la muleta con una de sus manos:

—¡Aquí está el Cenizo, niños, listo para saltar otra vez!

Los bandoleros, venciendo su apatía racial, lanzan al aire sus sombreros y gritan llenos de entusiasmo.

Aquella noche hubo en la guarida borrachera general; y desde la mañana siguiente se iniciaron los preparativos para una nueva acción.

El Cenizo aprendió a acondicionar la muleta a través de la montura, sin que le causara embarazo alguno para sus movimientos. A caballo se sentía de nuevo el centauro de

antes y olvidaba su invalidez. Trató, por ello, de desmontar lo menos posible; y, erguido sobre la montura, daba sus órdenes, charlaba con sus hombres y, a veces, hasta comía.

Su banda se hizo ahora más temida y legendaria que antes. Si Paulino Salas fue símbolo de terror, el Cenizo es ahora mirado como siniestra encarnación satánica. Su mula, cruzada en la montura, es enseña terrífica que llena de pánico. Cuando los viajeros detenidos por su banda lo gran advertirla se desmoralizan por entero y un solo grito sale de sus bocas:

—¡El Cenizo!

En los salteos a las haciendas, el Cenizo suele desmontar de su caballo para dirigir la acción. Apoyado en la mula, empuñando una carabina o un trabuco con la mano libre, rodea al hecho de caracteres más siniestros y debilita con el pánico la defensa de los moradores.

José Miguel Neira lo sigue como siempre, lealmente. Lo ha superado ya como discípulo y, a veces, lo supedita en el respeto de sus hombres.

Pero la realidad, la dura realidad, es que el Cenizo no es el mismo de antes. Con un esfuerzo de voluntad ha tratado de levantar su ánimo y de mantener su ferocidad, olvidando su tremenda invalidez y sobreponiéndose a ella. El terror con que ahora es mirado y la aureola de siniestra fama con que ha sido nimbado, no corresponde al trasfondo de su alma. Su desgracia ha herido sus fibras internas, ha debilitado sus instintos sanguinarios; y lo ha hecho más blando y menos codicioso. Si hubiera vivido siglos después, hubiérase dicho de él que estaba "acomplejado".

Los bandoleros empiezan a murmurar y a desconfiar. El botín va disminuyendo día a día. No tienen ya libertad para dar libre impulso a sus instintos sanguinarios, pues el Cenizo los contiene. No quiere asesinatos innecesarios; trata de evitar las violaciones de mujeres; y cada vez con más frecuencia los abandona por largos períodos para ir a sumirse en su propiedad agrícola, cual pacífico labriego.

En las noches, junto a los fogones, los hombres hablan en voz baja; y mientras se pasan las calabazas de vino o los trozos de asado, expresan sus agravios con dientes apretados. Ya el Cenizo no sirve; es pura fama, pura leyenda.

José Miguel Neira es el primero en rebelarse. Una noche tienen una agria discusión porque el Cenizo se niega a asaltar una hacienda a cuyo propietario debe algunos servicios. Neira se enfurece e incita la codicia de los demás bandoleros describiendo enormes riquezas en moneda sellada que el hacendado guarda en sus botijas y líos de charqui y cueros de vino que se amontonan en las bodegas. Pero el Cenizo no cede y mantiene tercamente su negativa. A la mañana siguiente, Neira ensilla lentamente su caballo, carga una mula con sus pertenencias y se dirige al Cenizo en presencia de sus hombres:

—Con su permiso, don... Pero ahora me voy. Quiero saltar solo, por mi cuenta, sin "retacadas".

Su actitud es casi respetuosa y tiene el sombrero en la mano, mientras greñas espesas caen sobre su frente.

Se hace un silencio pesado y expectante entre los hombres; y el Cenizo de pronto, cogiendo su muleta, se endereza del tosco "piso" de batro en que está sentado. En sus buenos tiempos aquellas palabras habrían bastado para que desenfundara su corvo o descargara su trabuco sobre el atrevido. Rojo de ira, se limita ahora a insultar a Neira:

—¡Cobarde, mal agradecido. Porque me ves "bandeado" me abandonas!

José Miguel Neira tampoco habría tolerado en otra ocasión estas palabras; pero ahora sonrío, con una mueca de ira contenida. Alza los hombros en un gesto de indiferencia y da media vuelta. Con estudiada lentitud y sangre fría, despreciando el peligro de ser asesinado por la espalda, se dirige a su caballo y monta en él. Azuza a la mula y parte tras ella; pero luego de dar algunos pasos se detiene y volviéndose hacia los bandoleros les grita:

—¡En la quebrada del Litre espero a los que quieran saltar con Neira!

El Cenizo se queda mirándolo por algunos instantes, con la mano apretada fuertemente sobre la muleta. Los más amargos pensamientos han debido desfilar por su mente, comprendiendo, acaso, que aquel suceso entrañaba un anuncio del destino⁵.

José Miguel Neira se fue alejando lentamente. Sobre el llano caldeado de los cerrillos de Teno, su figura se hizo cada vez más pequeña; y por fin se perdió en una hondonada.

⁵ El Cenizo continuó aún por algún tiempo su vida de bandolero. Fue posteriormente indultado de sus fechorías por servicios prestados a los patriotas y se retiró a vivir pacíficamente a la villa de Curicó. Allí fue conocido como honrado vecino hasta muchos años después de la Independencia.

V

LOS NEIRINOS

Oculto en la quebrada del Litre, junto a una vertiente de agua cristalina, José Miguel Neira lleva varios días completamente solo. Ha pasado las horas acomodando una pequeña ramada para guarecerse y cavando escondrijos para ocultar las cuotas de botín que tiene acumuladas.

Aquella mañana prepara un asado junto a un pequeño fogón que ha prendido con ramas. El grato aroma de la carne tostándose lo ha puesto de buen humor y trata de entonar una ruda melodía campesina. De pronto, el crujido de las hojas secas lo hace levantar la vista con algo de sobresalto. Frente a él, un hombre de rostro afeitado lo saluda sonriente. Se lleva una mano hasta el ala del sombrero y le dice:

—¡Aquí estoy, don Neira, a la orden!

Es Braulio Venegas, otro de los facinerosos de la banda del Cenizo, que ha abandonado también a su antiguo jefe y quiere saltar con Neira. Se dan un apretón de manos y Neira, con señales de íntima satisfacción, lo invita a participar de la merienda. Junto al fogón conversan largo rato, comentando los últimos sucesos de la banda del Cenizo y forjándose planes para el futuro.

Braulio Venegas es conocido por el apodo de "el Fraile" y tiene un famoso y malvado historial como bandolero.

Fue en sus años mozos sacristán de una iglesia de campo y sabe decir, con gracia y aire compungido, algunas frases en latín. Por su aspecto falsamente humilde y apacible ha prestado a los bandoleros impagables servicios cuando ha sido necesario valerse de la astucia. Sabe hablar a la gente con expresiones suaves y melosas, pedir con humildad hospedaje y alimento; pero en medio de los salteos tiene una sangre fría y una ferocidad que muchos envidian.

Desde ese día, uno y otro bandolero van llegando hasta el escondrijo de Neira. No todos provienen de la banda del Cenizo. Hay muchos que abandonan a otros capitanejos o que después de haber bandeado por su cuenta y aisladamente, se sienten atraídos por la fama de Neira. Aquello de "saltar con Neira", corre como un reguero por la región, despertando siniestros entusiasmos.

Así, llegan a incrementar la banda de Neira bandidos desalmados como Lorenzo Illanes, Santos Tapia, Tomás Benavides, Juan Canales y otro que es conocido sólo por Contreras.

Con estos hombres tiene ya Neira la base para iniciar sus acciones. De nuevo está en los caminos, ahora como jefe y rodeado de secuaces. La noticia de sus fechorías se propaga de pronto y su banda recibe el nombre de "Los Neirinos", que se pronuncia en voz baja por doquier.

Los Neirinos siembran el terror en toda la comarca; y aunque el Reino de Chile ha vivido azotado por los bandoleros de largo tiempo atrás y continuará en igual forma durante muchos años, ellos encarnan la culminación y el momento más crítico del bandidaje. Adquieren nombradía en un grado jamás conocido y se convierten para las autoridades en factores dignos de ser seriamente considerados. En determinados momentos, llegan a ser verdaderos amos de una región desamparada.

Chile está viviendo los últimos años de su período colonial. Desde el Mapocho hasta el Maule, sólo hay una ciudad digna de ser considerada como tal: Santiago, la capital del Reino. Aparte de ella hay pobres villas desparrama-

das por el valle central, como Santa Cruz de Triana o Rancagua, San Fernando de Tinguiririca, San José de Curicó, San Agustín de Talca; y una cantidad incontable de pequeños villorrios, aldeas o rancheríos de indios, en los valles transversales o en los cerros costinos. Alejados de estos centros, y en el más completo aislamiento, se alzan las casas de las haciendas, los ranchos de labradores, los molinos y los ingenios. Por en medio de todo corre el camino real de la Frontera, rudo, primitivo, serpenteante, lleno de recodos, en el cual las acechanzas encuentran un cómodo ambiente; y hacia el mar o hacia la cordillera se extienden rutas y senderos apenas transitables. De cuando en cuando surgen en los caminos carretas rechinantes, tropillas de mulas, grupos de viajeros a caballo o carruajes de mayor prestancia. Todos avanzan con dificultad por entre polvaredas o barrizales, sufriendo percances y peligros, arriesgando la vida en el vado de los ríos y entregados casi enteramente a su suerte.

En este ambiente, a la vez pintoresco y desolado, actúa, diríase que con completa impunidad, la banda de los Neirinos. José Miguel Neira, con vestiduras huasas sucias y grasientas, cubierta la cabeza con un puntudo bonete maulino, armado hasta los dientes, se pasea al frente de los suyos, como un Rey, por los caminos y poblados. Unas greñas espesas le caen sobre la frente sudorosa y de sus ojos soslayados de mestizo surgen fulgores de odio y de malicia. Es difícil resistírsele; y la acción de las autoridades se diluye en las enormes distancias o se estrella entre montes y matorrales. Las fuerzas de línea que de tarde en tarde recorren la comarca raramente logran enfrentarse con los bandoleros; los Alcaldes de Hermandad, que por lo general son cómodos y tímidos estancieros, no arriesgan sus vidas en una persecución sistemática; y las milicias locales, sin armas y sin disciplina, carecen de coraje y de entusiasmo.

Como los bandidos de antes, aquellos que Neira admirara siendo arriero, y como los de la banda del Cenizo, los

Neirinos asaltan a los viajeros o se dejan caer en las haciendas al atardecer. Es la misma "técnica", la misma trayectoria de antaño; pero José Miguel Neira ha sabido dar a sus hombres mayor empuje y más audacia, encarnando el zumo de toda la siniestra tradición del bandidaje del Reino de Chile.

Con la cooperación del "Fraile", los asaltos a las haciendas suelen tener caracteres picarescos que llenan de regocijo a los bandoleros⁶. El Fraile lleva en su morral un hábito franciscano que obtuviera en el asalto a una hacienda de la familia Torrealba. Enfundado en él se dirige al atardecer hacia las casas elegidas. Su aspecto humilde, la voz eclesiástica que sabe imitar y su manera de expresarse y de conducirse, alejan de él toda sospecha. El hábito, con cordón y capucha, tiene aspecto impecable; y la ojota campesina reemplaza con éxito a la sandalia seráfica. Fácilmente obtiene hospedaje y limosna; y durante la noche, cuando todos duermen, franquea la entrada al resto de la banda.

La audacia de los Neirinos los lleva, a veces, hasta los centros poblados. Pasan al galope por aldeas y villorrios, dejando las callejas envueltas en espesas nubes de polvo. Puertas y ventanas se cierran a su paso mientras los habitantes se santiguan llenos de pánico. Son siempre reconocidos y de todas partes surge un solo grito:

—¡Los Neirinos!

En ocasiones, cuando alguno de los suyos ha sido aprehendido, amenazan las mismas villas en cuyas cárceles se encuentran; y hasta suelen escurrirse ocultamente por la ciudad de Santiago en cumplimiento de alguna misión.

⁶ El Fraile, según sabemos, se llamaba Braulio Venegas. Era maulino, como Neira, y había nacido en Los Litres, a orillas del río Maule. Su padre era un oficial de Dragones de Chillán. Se educó en la Escuela del Rey de Talca y allí desempeñó el oficio de sacristán, que le valió su apodo. Entre 1803 y 1804 quedó huérfano de padre y madre, afiliándose desde entonces a partidas de bandoleros. Intermitentemente sirvió también en el ejército, habiendo formado parte de la guardia del Presidente García Carrasco.

Sus madrigueras, y en especial la que siempre mantienen en los cerrillos de Teno, se van atiborrando con el producto de los salteos. Allí suelen tener, luego de una acción realizada con éxito, las más bulliciosas francachelas; y en medio de ellas relucen a menudo corvos y chocos de bandoleros en disputa.

Por la comarca los Neirinos tienen siempre, entre la gente modesta, amplia protección. Unas veces es el mayordomo desleal, que da informes de la hacienda; otras, el arriero que transmite noticias y recados; o el labriego que ofrece su rancho. Y sus actos son así cada vez más seguros y su impunidad más completa.

José Miguel Neira, con las haldas del poncho flotando mientras galopa, en medio de la refriega sangrienta, o acechando en los caminos, se siente cada vez más soberbio, más audaz, más importante. Su nombre resuena por todos los contornos con vibraciones de pánico. Diríase que es todo un personaje en la lenta y pacata vida colonial.

Pero no siempre el éxito acompaña a los Neirinos. Ante la impotencia de las autoridades, suelen aparecer vecinos animosos que se disponen a hacerles frente y a defenderse a todo trance. La sangre les rebulle al sentirse dominados por aquella "gavilla" de malhechores y no se resignan a mantenerse en tan desmedrada situación.

Uno de estos hombres es Florencio Guajardo, que tiene en la comarca fama de intrépido y valeroso. Es un modesto campesino de Quilvo, propietario de una pequeña finca que se extiende como angosta lengua desde el camino real hasta el río Teno. Su casa, construida de adobe y teja da frente al camino, semiculta por retorcidas higueras y emparnados. Guajardo no tolera la prepotencia de los bandoleros y protesta de ellos por doquier, sin la menor precaución. En los bodegones y en los caminos se deshace en improprios, instando a los campesinos a tomar las armas para po-

ner término a aquella época de terror en que ni la vida ni la propiedad están seguras.

La actitud de Guajardo llega un día a oídos de Neira, como era de esperarlo dada la cercanía de su campo de acción. Presa de la más violenta ira, el bandolero se dispuso a castigar tamaño atrevimiento. Sin esperar más, aquella misma noche se dirigió al rancho de Guajardo, acompañado de varios de sus secuaces. Con violentos golpes de carabina pretenden derribar la puerta de entrada, en medio de soeces expresiones.

Guajardo está solo con su mujer. De inmediato se hace cargo de la situación y se apresta a defenderse a todo trance. Armado de un chuzo de duro fierro espera la entrada de los bandoleros. El primero que traspone la puerta cae derribado por un violento golpe en el cráneo, mientras Guajardo increpa vivamente a los asaltantes. Enfurecido José Miguel Neira, y en un alarde de fanfarronería que lo hace considerarse invencible, quiere liquidar personalmente la situación y avanza por la puerta. Florencio Guajardo no se amilana y descarga en su cabeza un fiero golpe con el chuzo. Neira cae de espaldas, sin sentido, con una enorme herida que sangra abundantemente. Desconcertados, los bandoleros rodean a su jefe para atenderlo. Guajardo y su mujer aprovechan este instante y escapan por la puerta interior del rancho. Corren por su finca en dirección al río y no se detienen hasta quedar bien ocultos entre los totorales.

La fama de Neira se resiente con este incidente; pero no se amilana. Luego de permanecer malherido durante varios días reinicia su vida de bandolero; pero se le ve enfurruñado e inquieto. Aunque nada dice a los suyos, es indudable que "se la tiene jurada" a Florencio Guajardo y que espera impaciente la ocasión de tomar en él tremenda venganza. Aquella ocasión habría de presentársele muy pronto.

Despreocupadamente transita una tarde Neira por el camino real en las proximidades del pueblo de Teno. Por excepción va solo, aunque armado hasta los dientes. De

improviso, y a boca de jarro, se encuentra con Florencio Guajardo. Ambos hombres se miran con odio reconcentrado y con los nervios tensos. En la boca de Neira se dibuja una sonrisa cínica y lentamente levanta su carabina por debajo del poncho, apuntando a Guajardo.

—¡Prepárate para morir!, le dice.

Guajardo lo observa unos instantes sin inmutarse y luego le espeta:

—¡Cobarde! ¡Mata como hombre, si eres capaz!

Herido Neira en su orgullo baja la carabina y le dice:

—Está bien. Si te animás para mí, luchemos.

Ambos hombres se despojan del poncho sin desmontar. Empuñando sus cuchillos se abalanzan furiosamente el uno contra el otro. Chocan en forma brutal, en medio de los bufidos de las cabalgaduras y se lanzan golpes desesperadamente, sabiendo que se juegan allí la vida. Los caballos se revuelven en medio del camino; y las cuchilladas van y vienen, en medio de los más soeces insultos. De pronto José Miguel Neira da un alarido y suelta su arma. Ha sido herido por un hábil golpe de Guajardo y la sangre corre por su vestimenta. Se aleja unos pasos de su contendor y le grita:

—¡Basta! Veo que sos hombre y no te molestaré más. Seamos ahora amigos.

Avanza hacia Guajardo, tendiéndole la mano; y éste se la estrecha sin reticencias. Luego, ambos siguen su camino⁷.

A todo galope llega aquella tarde hasta la madriguera de Neira uno de los hombres que tiene destacados en los alrededores. Trae una noticia que excita los ánimos de todos: por el camino de la Frontera viene viajando desde Santiago una caravana de comerciantes con numerosa carga de petacas y costales. Por las informaciones recogidas traen valiosas mercaderías y seguramente talegos repletos de mo-

⁷ Según el historiador Tomás Guevara, aquel hecho valió a Guajardo "la admiración de su formidable adversario".

nedas. Vienen avanzando lentamente; deberán, sin duda, alojar en las proximidades y al amanecer enfrentarán los cerrillos de Teno.

Neira da de inmediato las órdenes para aprestarse al asalto; y todo el campamento rebulle de actividad. Aquella noche los hombres tienen un sueño inquieto, ante la perspectiva de un valioso botín.

Al amanecer, Neira y todos sus hombres están al acecho a orillas del camino, ocultos tras un montículo. Emponchados y con los sombreros huasos sumidos hasta los ojos, las barbas crecidas, los ojos impacientes, diríase que integran una visión infernal.

A la distancia, advierten primero una pequeña nube de polvo, que se va extendiendo cada vez más. Luego sus ojos distinguen a los viajeros que avanzan; y a medida que se acercan van sintiendo como un cosquilleo de inquietud, que los hace mirarse unos a otros.

La caravana avanza lentamente. Ya puede distinguirse la tropilla de mulas, con grandes petacas, almofreces y costales. Tras ella, un grupo numeroso de comerciantes armados; y por ambos lados del camino vigías alertas con la carabina a mano.

El número de hombres armados en la caravana, sin duda dobla al de los bandoleros. Neira busca con mirada furibunda a su informante; pero éste se escabulle entre los demás bandoleros. Hay un momento de vacilación; pero Neira infunde ánimos. ¡Ya no es posible retroceder; y el número bien puede suplirse con el valor!

Cuando la caravana los enfrenta, los bandoleros caen sobre ella resueltamente. La defensa no se hace esperar y se traba una lucha feroz con toda clase de armas. En medio de la refriega alguien reconoce a Neira y se da la orden de rodearlo. Es menester apresarlo o darle muerte para desconcertar así a los demás bandoleros, que siguen luchando bravamente.

Al verse Neira en medio de un cerco de hombres que lo van estrechando con el sable en alto, cree llegado su úl-

timo momento; pero no es hombre para entregarse sin luchar. Clava con furia las espuelas a su caballo y con el cuchillo en alto se lanza en medio de sus atacantes. Da golpes hacia uno y otro lado hasta romper el círculo. Logra escapar a galope tendido hacia los cerrillos; pero va acribillado de heridas y sangra abundantemente. Sus hombres, al verlo huir, abandonan también la lucha y siguen tras él, dejando varios muertos en el campo. Ya en su madriguera, José Miguel Neira permanece oculto por algunos días. Da rienda suelta a su mal humor; pero ello no obsta para que planee nuevas tropelías.

Restablecidos los hombres de sus heridas, sale de nuevo la banda a los caminos. En estos instantes, forma ya un conglomerado numeroso y temible, que posiblemente alcanza a los sesenta hombres⁸. Efectúa asaltos terribles y

⁸ Según unas anotaciones manuscritas inéditas, dejadas por don Benjamín Vicuña Mackenna y cuya copia agradecemos a don Ricardo Donoso, los principales integrantes de la banda de Neira y su destino en la década de 1860 en que fueron escritas estas anotaciones, eran los siguientes: (Transcribimos textualmente):

“Segundo Cándido Castro (reside en Santiago).— Juan de Dios Lagos (murió en Talca).— Lorenzo Illanes (muerto por Cubillos).— Sebastián Gacitúa (con Neira).— Juan Mondaca (fusilado por D. Cruz).— Pacífico Mondaca (muerto en la Agua Fría).— Eugenio Mondaca (con Neira).— Pedro Rojas (con Neira).— Manuel Palomera (de Río Claro, fusilado por Cruz).— Sixto Guajardo (fusilado, después de haber venido con Venegas, por Cruz).— (Eugenio Guajardo el del desafío con Neira, era tío).— Marcelo Olave (vive en los montes de Guajardo).— Ignacio Escobar (¿Nicasio? Fusilado por los españoles en las guerrillas de Freire).— Manuel Poblete (De Talca, murió de muerte natural).— Lucas Silva (Hijo de don Guillermo Silva, caballero, fusilado por salteo en 1822).— Pedro Espinosa (fusilado por Cruz).— Angel Ortiz (huaso, murió de muerte natural).— Miguel Carrizo (muerto por sus compañeros en un salteo. Neira dijo que lo habian muerto por haber vendido a los otros).— Ruiz Ortiz (no se sabe nada de él).— Manuel Muñoz (fusilado por Cruz).— Pedro Escobar (natural de Quechereguas. Murió de muerte natural).— Manuel Venegas (muerto por ellos mismos en el Camarico, por la repartición del saqueo

fructíferos, primero a la hacienda el Guaico, del español don Lucas Arriarán; y luego a los Contreras, de la costa; y a los Cruces y Zapatas, de Talca. La partida vuela de un punto a otro, desplazándose con rapidez y manteniendo guaridas en los cerrillos de Teno, en las proximidades de Cumpeo, en el Astillero y en Agua Fría.

del estanco de un Poblete. Era tuerto y originario de Malloa).— Cruz Martínez (De Cumpeo. Murió de muerte natural).— José María Villar (de Cumpeo. Murió de muerte natural. Compañero en el asalto de Piedras).— Ramón Maturana (murió de oficial en el Perú. Murió en unas guerrillas).— Orencio Muñoz (era pariente de Neira, del Astillero. Vivía hace algunos años).— Pedro Gutiérrez (fusilado en San Fernando, por el coronel Velasco, de Comalle, sirviente de Villota...).— Ezequiel Villalobos (de Cauquenes, murió de muerte natural).— Cruz Parra (natural de Talca, compañero de Lagos. Le dieron tierras).— Agustín Morales (de Comalle, muerte natural).— Pedro Pizarro (de Cumpeo, muerte natural).— Nicolás Barra (vive en la villa de Molina).— Francisco Valdivia (de Lontué. Fusilado por Quintana, en Talca).— Eugenio Mejías (de Huilquilemu, muerto en la Palmilla).— Eusebio Puga (fusilado por Quintana).— Antonio Vergara (fusilado por Bulnes).— Antonio Arévalo (De Río Claro, buen valiente, medio caballero. Murió en la Agua Fría).— José Miguel Bustamante (de Lontué, se ignora).— Pascual Inostroza (de Lontué, muerte natural).— Manuel López (lo mataron por traidor).— José Santos Oróstiga (de Pelarco. Muerte natural).— Eusebio Muñoz (de Picayo. Fusilado por Cruz).— José María Bascuñán (del Durazno, cerca de Quecheregus...).— Juan Canales (del Maule, de Perquín. Fusilado por Cruz...).— Sebastián Olave (pariente de Marcelo. Vive por el Cerrillo Verde).— Ildelfonso Madariaga (de Río Claro, Rengo. Buen hombre. Murió de muerte natural).— Gaspar Rojas (murió en el Picayo. Pariente de Pedro).— Juan Verdugo (murió en Longomilla, en las milicias de Río Claro).— Tomás Benavides (del Maule. Murió de muerte natural, hace poco...).— Pascual Pardo (buen hombre. Anduvo con Manuel Rodríguez).— Vicente Leigton (vive en la Ruda, en la isla de Teno).— Juan Inostroza (vive en Lontué, en lo Valdivia, baqueano).— Juan Zúñiga (de Pelarco. Muerte natural).— Manuel Poblete (de Talca. Muerte natural).— Cruz Figueroa (de Talca. Carpintero, muerte natural).— Ramón Bravo (murió en 1851 de muerte natural).— Juan de Dios Bravo (muerte natural. De Lontué).

VI

EL GUERRILLERO PATRIOTA

José Miguel Neira jamás se ha inquietado por lo que sucede fuera de su mundo. La existencia colonial, las inquietudes de los hombres, sus ideales políticos, son para él cosas que no penetran la dura corteza de su cerebro. Sólo los asaltos, los buenos botines, las hábiles escaramuzas y los crímenes, son dignos de consideración. A ellos dedica todas las fuerzas de su vida y toda su pasión.

Cuando suceden los acontecimientos de Septiembre de 1810, pasan desapercibidos para Neira. Nada le dice a él un cambio de gobierno o de régimen. Las autoridades, los tribunales, los soldados y los hombres poderosos siempre han de ser sus enemigos y cualquiera que sea el principio en virtud del cual gobiernen, le será necesario defenderse de ellos.

Tanta es su indiferencia que prosigue imperturbablemente su vida de bandolero. Por aquel tiempo entró en relaciones con Amador Ramírez, famoso y solapado cuatrero de la región maulina, que aparentemente desempeñaba el oficio de tropero de mulas. Traficaba por los caminos reales entre Santiago y el río Maule, arreando grandes tropas de mulas; y en el trayecto robaba caballos de las estancias que luego vendía en Santiago. Neira lo ayudó en muchas de sus operaciones y obtuvo pingües utilidades sin mayor ries-

go, por cuyo motivo le guardaba cierta gratitud. Un día de 1812 Ramírez cayó preso en Talca y fue duramente tratado por el juez diputado don José Antonio Corbalán, quien le impuso severa sentencia. Prometió vengarse y desde la cárcel envió recado a Neira para que asaltase al juez, ofreciéndole suculenta recompensa. No puso objeciones José Miguel Neira y con sus hombres realizó el asalto, con los horribles y sangrientos caracteres con que sabía hacerlo. Desde ese momento se inició en su contra una activa persecución y debió permanecer enmontañado.

Poco después, a principios de 1813, el general don José Miguel Carrera llega a Talca al frente de un destacamento de húsares. Hay noticias alarmantes de una invasión realista al mando del general don Antonio Pareja, que viene avanzando desde el sur. Carrera, nombrado general en jefe, viene a organizar la defensa patriota.

Amador Ramírez, desde la cárcel, ofrece a Carrera sus servicios a cambio de su libertad. Carrera, que conoce la fama de hombre audaz y valiente del cuatrero, accede de inmediato y da orden de ponerlo en libertad. Tienen luego una larga entrevista, en la cual Carrera le pide que le recomiende hombres como él para incorporarlos como auxiliares al ejército. Ramírez menciona en primer término a José Miguel Neira; y luego a otros, como el Fraile, Bartolo Azócar y Juan Chavarría.

Sin pérdida de tiempo, se envían emisarios en busca de estos hombres. José María Bravo, bandolero apodado el "Boca de Fuego", es el encargado de traer a Neira y no tarda mucho en dar con su paradero.

Carrera los exhorta a abandonar su vida irregular y a cooperar a la defensa de la patria; y los hombres aceptan decididamente. Neira entre ellos, con sonrisa socarrona y con instintivas reservas mentales, se allana también a convertirse en patriota.

Es extraordinario el nexo que desde este momento se produce entre don José Miguel Carrera y este grupo de bandoleros. Más que sentimientos patriotas influyeron, acaso,

personales simpatías. El hecho descarnado es que los bandidos sirvieron lealmente a Carrera; y éste adquirió por ellos un curioso afecto.

Amador Ramírez, enrolado al ejército de línea, combatió al lado de Carrera; y escapó milagrosamente de ser apresado en Penco cuando don José Miguel fue hecho prisionero. Desde allí se dirigió a Pelarco. El Fraile tuvo destacada actuación en la división de O'Higgins, alcanzando el grado de capitán de granaderos. Participó en Yervas Buenas y en Membrillar y luego quedó apostado en Talca. José Miguel Neira, sin enrolarse al ejército, desempeñó importantes funciones auxiliares.

Neira siente desde un principio que se le despierta la curiosidad ante el movimiento de tropas y los choques entre patriotas y realistas. Luego empieza a entusiasmarse con la maquinaria bélica. Los soldados uniformados, el brillo de las armas, los cañones poderosos y los toques de corneta, remueven sus fibras internas con entusiasmos ancestrales. Siguiendo al ejército mientras cumple sus funciones o transmitiendo encargos de un destacamento a otro, ve desfilar la caballería en medio de nervioso piafar; o las columnas de infantes polvorientos y fatigados. Las galoneadas casacas de los jefes, su marcial continente y el poderío que para él ostentan las tropas en guerra, lo dejan pensativo. Y suele quedarse en silencio, con la vista fija en la columna que avanza, hasta que se pierde en la lejanía del camino.

Los acontecimientos siguen desarrollándose con suma rapidez. Don José Miguel Carrera es despojado del mando en jefe del ejército y en su lugar se nombra al general O'Higgins; y luego se firma el Pacto de Lircay, que paraliza las operaciones guerreras.

José Miguel Neira y sus hombres quedan, así, inactivos y dispuestos a reiniciar su vida de bandoleros. Pero pronto saben que su protector don José Miguel Carrera ha dado en Santiago un golpe de cuartel y se ha apoderado del gobierno. De inmediato se disponen a reunirse con él para

apoyarlo; y desde los distintos lugares en que se encuentran adoptan medidas tendientes a tal fin.

El "Fraile" se ve abocado a una difícil situación. Se encuentra destacado en Talca entre las tropas del general O'Higgins; y como éste desconoce al gobierno de Carrera y se apresta a dirigirse a Santiago para derrocarlo, le será necesario luchar contra su protector. No le queda otro recurso que valerse de su proverbial astucia y se finge enfermo. Cuando las tropas de O'Higgins salen de Talca, el Fraile, postrado en el lecho, aparentemente agoniza y se le deja hospitalizado.

Por su parte, José Miguel Neira, luego de informarse lo mejor que puede de los acontecimientos y de dejar algunas instrucciones a sus hombres, se dirige a Santiago acompañado sólo por Juan Chavarría. A galope tendido cruzan villorrios y caminos, en jornadas de esfuerzo. Las tropas rivales de O'Higgins y Carrera están ya en plena beligerancia y Neira hábilmente elude el encuentro con piquetes de uno u otro bando, pues sólo desea presentarse al general Carrera. Debe con frecuencia apartarse de los caminos reales y avanzar a campo abierto. Por fin, en los suburbios al sur de la ciudad de Santiago encuentra a Carrera y desde ese momento queda a su servicio.

Más tarde, ante la amenaza de la nueva invasión realista al mando ahora del general don Mariano Osorio, O'Higgins y Carrera se reconcilian para organizar en común la defensa de la Patria. José Miguel Neira continúa adscrito a las tropas que actúan al lado del general Carrera. Con él sale de Santiago el 30 de septiembre de aquel año de 1814 y llega hasta la hacienda de Mostazal. Al día siguiente, y siempre siguiendo a Carrera, llega a la chacra de los Cuadra, a una legua al norte de Rancagua. Allí permanece a la expectativa, mientras en Rancagua, las tropas al mando del general O'Higgins, libran encarnizada batalla. Luego Neira, sin comprender, asiste al avance y retirada de las tropas de Carrera, que llegan hasta los suburbios de Rancagua.

Producido el desastre de Rancagua, José Miguel Neira huye por caminos extraviados a ocultarse en las montañas colchaguinas y allí empieza a reunir a algunos de sus hombres.

El Fraile, mientras tanto, luego de abandonar su lecho de fingido enfermo, había huído hacia el norte, eludiendo a las tropas realistas del general Osorio que avanzan.

Conocedor del desastre de Rancagua busca a don José Miguel Carrera y recibe de éste importantes encargos. En cumplimiento de ellos y acompañado por el asistente del propio general, llamado Gregorio Pavez, se dirige a Polpaico, a San Francisco del Monte y a las proximidades de Rancagua. Ambos hombres, valiéndose de mil astucias, logran "tomar noticias" y ayudan a libertar a algunos prisioneros, entre ellos un tal Calderón que los acompaña desde ese momento. Luego se ven precisados a huir. Reciben primero protección y refugio en la hacienda de doña Rosa Toro y luego se ocultan en Alhué. Por fin llegan a la casa de un hermano del Fraile, en la Ruda, a diez leguas de Curicó, hacia la costa. Pronto toman contacto con Francisco Villota, estanciero patriota de Teno, y con auxilios que éste proporciona, el Fraile y Calderón trasmontan los Andes por el boquete del Planchón, en demanda de Mendoza.

José Miguel Neira, por el contrario, se sustrae de las actividades patriotas. Emigrados los Carrera y sometido el país a los realistas, sólo piensa en reiniciar su accidentada vida de bandolero. Con gran parte de sus hombres irrumpe de nuevo en las haciendas y caminos, sembrando otra vez el terror con sus asaltos y tropelías.

Largo tiempo se mantiene Neira en esta situación. Con sus asaltos logra reunir una apreciable cantidad de dinero y empieza a añorar los movimientos bélicos. Se siente profundamente impresionado por la represión sangrienta de la Reconquista. No cuadran con él las persecuciones que provienen de la autoridad ni ese desfilar de carabineros o de dragones en funciones policiales; y aunque poco sabe de ideales, su naturaleza se inclina cada vez más hacia quie-

nes, según sabe, están luchando por la libertad en el país y en "la otra banda". El aprecio hacia el general Carrera y sus hermanos influye también en él en el mismo sentido. Un día se decide a trasmontar los Andes y empieza activamente los preparativos.

Logra reunir algunos hombres, dispuestos como él a esta nueva aventura. Entre ellos se encuentra un tío suyo, de apellido Mondaca y sus hijos Higinio y Juan Mondaca. También están Pedro Rojas, de Río Claro, experto "baqueano" de cordillera; Sixto Guajardo y Marcelo Olave, de Cumpeo, que hace el papel de asistente de Neira.

Con víveres suficientes para la travesía, con mulas de carga y con caballos de tiro, se encaminan hacia el paso del Planchón para cruzar los Andes "en busca de los Carrera", a quienes suponen en Mendoza.

Estamos en octubre de 1815. Los caminos cordilleros se encuentran ya expeditos; y por ellos se van internando los bandoleros en medio de toda clase de precauciones. La marcha es lenta, tras las mulas que avanzan con pasitos cortos y prudentes; y las jornadas deben interrumpirse por continuos descansos.

En plena cordillera tienen un día un encuentro inesperado. En sentido contrario vienen avanzando varios hombres de humilde apariencia, con aspecto de arrieros. Traen también algunas mulas y sus gestos denotan la fatiga de un largo trayecto. Cuando se enfrentan, todos se detienen y se saludan con indiferencia, observándose unos a otros. Neira advierte que entre esos hombres viene su antiguo compañero el Fraile y cambia con él miradas de malicia, sin que ninguno diga una sola palabra. Todos desmontan para cambiar impresiones, ya que los encuentros en la cordillera son un raro acontecimiento. Pronto la cordialidad impera y se van dando a conocer. Los que vienen de Argentina son Manuel Rodríguez, Juan Pablo Ramírez y Domingo Pérez, a quienes secundan el Fraile y dos o tres hombres más⁹. Todos co-

⁹ Vicuña Mackenna, en los apuntes inéditos ya mencionados, da la

nocen de fama a José Miguel Neira y saben de sus inclinaciones a la causa patriota, por cuyo motivo se sinceran ante él y piden su ayuda. Vienen desde Mendoza en cumplimiento de misiones que les ha encargado el Gobernador don José de San Martín. Manuel Rodríguez deberá seguir a Santiago; Pérez a Concepción; y Ramírez deberá permanecer en la zona de Colchagua-Maule.

A Neira le rebrillan los ojos de satisfacción al saber que en Mendoza se está organizando un ejército activamente; y sonrío al imponerse de la guerra de zapa que los recién llegados desean organizar en Chile. Esto último ejerce para él una notable atracción, pues comprende que ha de traducirse en asaltos y escaramuzas que pueden producirle pingües beneficios. Tiene una conversación aparte con el Fraile y por fin se decide a regresar a Chile con los viajeros que vienen de la "otra banda".

Luego de un breve descanso, los viajeros se separan. A Mendoza siguen únicamente Higinio Mondaca con sus dos hijos y Sixto Guajardo. En cambio Neira, con Olave y Rojas, se unen a la comitiva de Manuel Rodríguez y emprenden el regreso hacia Chile.

Al bajar al valle central, Manuel Rodríguez se despide y toma el camino hacia Santiago, hábilmente disfrazado. Los bandoleros siguen a Juan Pablo Ramírez y toman camino hacia la costa curicana. Se hospedan en la Ruda, en casa del hermano del Fraile y allí permanecen durante algunos días.

Juan Pablo Ramírez es teniente coronel de artillería, gran amigo de San Martín y de O'Higgins; y habrá de ser en la zona el principal agente de los revolucionarios de Mendoza. En la Ruda conversa detenidamente con Neira y lo impone del trabajo que deberá realizarse. Según los planes trazados desde Mendoza, es menester sembrar el desconcierto entre los realistas, dispersar sus tropas, asaltar

noticia de esta llegada de Manuel Rodríguez, Pérez, Ramírez y el Fraile por el Planchón, en octubre de 1815.

pequeñas poblaciones, atacar de sorpresa destacamentos militares, perseguir a los hacendados partidarios del Rey. En especial, José Miguel Neira deberá prestar protección a los "correos", que están encargados de las comunicaciones con Mendoza y cuyos nombres Ramírez le entrega. Entre ellos figuran conocidos de Neira, como un tal Lucas, sirviente de Villota; Vicente Leyton, de Rauco; Pedro Rojas, del Marco; y José María Venegas, de Malloa.

Desde este momento, José Miguel Neira inicia una nueva etapa, como guerrillero, en su agitada existencia. Bien pronto reorganiza su numerosa banda y sale a campaña con el ribete ahora de guerrillero patriota. Hostiliza a las partidas de soldados realistas que trafican por los caminos; asalta y persigue a los más connotados vecinos partidarios del Rey; y merodea en forma bulliciosa en los alrededores de los poblados, provocando alarma y desconcierto.

La partida de Neira cuenta ahora con ayuda de los sectores patriotas. Tiene espías, como José María Villar y Cruz Martínez, que lo mantienen en contacto con los sucesos de la región; y hay religiosos, como el agustino Hevia, de Talca, y el padre García, de Curicó, que le proporcionan ayuda e informaciones. Neira se mantiene en permanente contacto con Juan Pablo Ramírez, de quien recibe instrucciones; y celebra también entrevistas con Manuel Rodríguez y con Francisco Villota.

Periódicamente Ramírez paga a Neira y a sus principales secuaces un "sueldo" por sus servicios. En varias ocasiones les entrega también algunas armas viejas y mohosas; pero que en todo caso, unidas a las carabinas y trabucos, a los chocos y a los corvos, dan más efectividad a la partida. Y así, armados ahora con sables de corte militar, con fusiles y con tercerolas, los Neirinos luchan por la Patria.

Su acción va encaminada ahora substancialmente en contra de los realistas. Las haciendas de los patriotas quedan inmunes a sus latrocinios; y en cambio son asaltadas a sangre y fuego las que pertenecen a realistas. Los correos del gobierno son interceptados con frecuencia; las peque-

ñas patrullas de soldados caen en los caminos ante el empuje de los bandoleros convertidos en guerrilleros patriotas. José Miguel Neira, al frente de ellos, sonríe malicioso, y en medio de la acción suele gritar: ¡Viva la Patria!

Neira y sus hombres están satisfechos de su nueva vida. Enormes arreos de animales son sacados por ellos de las estancias de los realistas, que son siempre las más ricas; y el dinero abunda en sus escondrijos. Aunque limitada ahora por las discriminaciones políticas, su labor es más cómoda y más eficaz, pues encuentra protección y amparo por doquier. Los hacendados patriotas tienen siempre a su disposición hospedaje y escondite, caballos de remuda y alimentos. Don Francisco Salas en el fundo Roma; Feliciano Silva en San Fernando; Graciano Lazo de la Vega, en Quinta; Juan Francisco Labbé en el Cerrillo; Villota en Teno; José Eulogio Celis y otros, son hacendados patriotas decididos, que jamás se niegan a recibir y amparar a Neira y a sus hombres cuando, empeñados en alguna acción en beneficio de la causa patriota, necesitan protección.

Sin embargo, no siempre los bandoleros cumplen lealmente su compromiso. Impulsados por la codicia asaltan, a veces, haciendas de patriotas o caen sobre viajeros indefensos que trafican por los caminos sirviendo alguna misión de los revolucionarios. Manuel Rodríguez, Villota y otros patriotas han debido reprender a Neira más de una vez; pero él alza los hombros y mirando con malicia a sus compañeros pretexto una equivocación.

En abril de 1816 Manuel Rodríguez viaja secretamente hacia Mendoza para entrevistarse con San Martín; y en el mismo mes Francisco Villota debe huir en igual dirección, perseguido por los realistas. Desde este momento, José Miguel Neira queda sin su control y su labor se desnaturaliza cada vez más. Los asaltos a patriotas y las "equivocaciones" se hacen más frecuentes; pero los bandoleros no renuncian al aspecto útil de su nueva posición y siguen pidiendo auxilio en las estancias y casas de patriotas, hospedándose en ellas, escondiéndose en sus lugares inaccesibles o requirien-

do alimentos y animales. Mientras dura su hospedaje, celebran a veces juergas bulliciosas con mujeres que traen de cualquier lugar. En estas ocasiones hacen abrir las bodegas de la hacienda y trasvasijan el contenido de hurones y lagares, dando lugar a desordenadas borracheras. Los patriotas afectados por estos desmanes, que los bandoleros realizan con talante amistoso, no tienen otro camino que tolerarlos con paciencia.

La alarma cunde cada vez más en toda la región; y ya los propios cabildos empiezan a pedir auxilio a la capital del Reino, sintiéndose impotentes para reprimir el desorden. El Gobierno de Santiago, accediendo a estos pedidos y alarmado, a su vez, porque con frecuencia los asaltos se realizan al grito de ¡Viva la Patria! decide enviar fuerzas de línea a la región amagada. Así, parte un día una compañía de dragones al mando del capitán don Joaquín Magallar. Lleva la misión específica de cooperar con el Jefe del Cantón, coronel Juan Francisco Sánchez, para extinguir a las "gavillas" de bandoleros y poner término a los brotes de ideas insurgentes, que en apariencias cunden más y más en la región.

Es el invierno de 1816. Los dragones de Magallar se pierden en medio de caminos interminables, llenos de fango y aguazales. Los caballos resoplan nerviosos, avanzando con dificultad; y se resisten, a veces, a penetrar por oscuros callejones. Frente a los ríos se detienen con frecuencia sin saber cómo cruzarlos; y se extravían en medio de los rincones y quebradas, en la tupida vegetación serrina o en los innumerables senderillos entrecruzados.

Los bandidos se escurren con la mayor facilidad. En las mismas barbas de la tropa cometen sus fechorías; y luego huyen con soltura, por caminos que conocen; cruzan los ríos por fáciles vados o por balseaderos que mantienen ocultos para su uso; y luego se pierden en rinconadas en donde jamás podrán ser encontrados. Y no contentos con esto, acechan a los carabineros reales y caen sobre pequeñas patrullas cada vez que pueden hacerlo sobre seguro.

El fracaso del capitán Magallar y de sus carabineros es completo. Luego de recorrer inútilmente los campos de Colchagua y de Maule, decide replegarse a San Fernando. José Miguel Neira, con su extraña cuadrilla mixta de bandidos y guerrilleros, continúa dueño y señor de la región¹⁰.

¹⁰ El envío de Magallar fue decidido con fecha 28 de mayo de 1816. En las instrucciones que se le dieron, se decía: "Como los partidos de Curicó y Maule padecen del mismo daño y los facinerosos se fugan de unos a otros, extenderá US. a todos sus providencias. Para su auxilio tendrá a su orden su propia compañía de dragones de la que distribuirá partidas a los puntos convenientes para tomar los caminos y guaridas donde pueda lograrse la captura de esos delincuentes. No pudiendo ser suficiente esta corta tropa para la grande extensión que abraza su cuidado, acordara con el Cabildo el nombramiento de un proporcionado número de cuadrilleros al comando de algunas personas de valor y honor de cada diputación o doctrina."

VII

CORONEL DE MILICIAS

En Mendoza, Manuel Rodríguez tiene largas conversaciones con el gobernador don José de San Martín y ambos adoptan medidas para el mejor éxito de la guerra de zapa y de las guerrillas.

La labor de los bandoleros al servicio de la Patria es analizada detenidamente. Es indudable que tales guerrillas no están dando los frutos esperados, ya que no logran encauzarse limpiamente en una acción netamente patriota. Es cierto que han sembrado alarma y desconcierto en el gobierno y en los círculos realistas; pero no lo es menos que tienen a toda una región sumida en el terror. Es indudable que deben ser reemplazadas o supeditadas por guerrillas a cargo de personas de calidad.

Sin embargo, no es posible desentenderse por entero de los bandoleros ni menos darles motivo para que asuman una actitud adversa. Acaso pueda hacerse con ellos un último esfuerzo, controlándolos y halagándolos. Queda, así, convenido, que Manuel Rodríguez les lleve de Mendoza más armas y dinero; y para dar un golpe de efecto psicológico, se acuerda llevar a Neira un nombramiento de coronel de milicias y una casaca, vistosa y galoneada, correspondiente a su grado.

Es aún pleno invierno. Manuel Rodríguez parte de Mendoza, hábilmente disfrazado y arreando una tropilla de mulas. Inesperadamente se presenta otra vez en los campos de Colchagua y de Maule; y uno de sus primeros actos es buscar a José Miguel Neira.

En los corredores de las casas de una hacienda patriota se realiza la entrevista del audaz guerrillero con el bandido. José Miguel Neira, acompañado por algunos de sus hombres más leales, escucha en silencio, con impasible actitud, las razones que Rodríguez le expone. Sonríe cuando son desembaladas las nuevas armas; y las va recibiendo con íntima satisfacción. Sonríen también sus hombres, mientras tercián nuevas carabinas u ocultan bajo sus ponchos flamantes trabucos y pistolas.

El nombramiento de coronel de milicias, hace que Neira levante la cabeza con orgullo. Es analfabeto; pero mantiene en sus manos durante largo rato el documento, observándolo por uno y otro lado. Luego lo pasa de nuevo a Rodríguez y le pide que lo lea en voz alta, íntegramente. Los vistosos colores y los galones de la casaca militar, hacen que sus ojos rebrillen de júbilo y dando rienda suelta a una alegría infantil estalla en fuertes carcajadas. No resiste al deseo de colocársela de inmediato; y arrojando el poncho sobre los ladrillos del corredor se la enfunda dificultosamente. La abotona hasta el último botón y con el cuello tieso y estirado se pavonea ante sus hombres. Conserva en la cabeza el bonete maulino, del cual sobresalen algunas sucias greñas; y le tintinean las grandes espuelas huasas. Sus hombres lo miran con respeto y con admiración, mientras Rodríguez sonríe ante aquella extraña figura, cuyas prendas mixtas de huaso, de bandido y de militar, son una síntesis fiel de su actual existencia.

Se despiden, por fin, amistosamente. Rodríguez, con un imperceptible tono de burla, le dice al momento de marcharse:

—¡Hasta la vista, mi coronel!

Por el camino real, en busca de su refugio, galopan José Miguel Neira y sus hombres. Los vistosos colores de la casaca y sus galones dorados resaltan desde la distancia.

Con los nuevos elementos la cuadrilla de Neira da fuerte impulso a sus actividades. Los asaltos a estancias y viajeros se acrecientan; los merodeos cerca de las poblaciones son más audaces; y los gritos de ¡Viva la Patria! se oyen con más frecuencia y mayor entusiasmo. El coronel Neira, enfundado en su casaca, grasienta ya y descolorida, surge por todas partes; y se presenta ante los patriotas connotados con mayor firmeza y seguridad. Su labor adquiere, sin duda, mayor eficacia; y mantiene mayor contacto con Manuel Rodríguez y otros guerrilleros, concertándose con ellos para muchas escaramuzas y misiones. El uniforme y el nombramiento de coronel, tal como lo previeran San Martín y Rodríguez, habían actuado positivamente en la ruda y primitiva naturaleza del bandido.

Hubo de sufrir, sin embargo, un percance serio. Santos Tapia, compañero suyo de fechorías desde que se alejara de la banda del Cenizo, cayó un día en manos de una patrulla de dragones. Llevado a Santiago, fue rápidamente juzgado por el Tribunal de Vigilancia y fusilado por la espalda. Neira y sus hombres nada supieron de la muerte de su compañero hasta que un día, con tremendo estupor, vieron su cabeza dentro de una jaula de hierro, fuertemente clavada en los roqueríos de un montículo a orillas del camino real, frente a los cerrillos de Teno. Allí había sido colocada por las autoridades realistas para escarmiento público.

Entre los bandoleros aquella medida causó una honda impresión. La cabeza de Tapia, comida por los jotes y descomponiéndose dentro de la jaula, fue para ellos una pesadilla permanente y eludieron el paso por sus cercanías. Fue sin duda extraño que no intentaran sacarla de aquel lugar.

Hubiera sido una empresa fácil y un acto de piedad para su compañero; pero, acaso agarrotados por un temor supersticioso, jamás la tocaron y la macabra exhibición se mantuvo durante largo tiempo.

Al terminar el invierno, la acción de Neira y de sus hombres se acrecentó más aún, aumentando la alarma de las autoridades realistas. Marcó del Pont, cada vez más impaciente, enviaba a sus jefes militares reiteradas comunicaciones, instándolos a actuar con mayor eficacia y rigor. "Se mantiene una correspondencia escandalosa, decía en una de ellas, por los partidos y boquetes de la cordillera de Curicó y Maule, con los revolucionarios de Mendoza, sin que se haya aprehendido a algunos de los conductores o espías". Y agregaba más tarde: "Se han acuadrillado crecido número de facinerosos y conspiradores armados abrigados en las cordilleras de Colchagua hasta Maule, de donde hacen sus incursiones y salteos con la mayor insolencia a los caminantes y poblados de esos partidos; y se sabe por declaraciones de otros que se haya o ha estado reunido con ellos uno de los famosos insurgentes de esta capital, hijo de don Carlos Rodríguez, prófugo, enviado de Mendoza por el Gobernador San Martín."

La impaciencia de Marcó del Pont, frente a los desmanes de los bandoleros y guerrilleros, llegó a su extremo. Convencido de que las tropas existentes en la región eran insuficientes para reprimirlos, decidió enviar en septiembre de aquel año al coronel don Antonio Quintanilla al frente de todo el escuadrón de carabineros de Abascal.

Quintanilla y sus carabineros llegaron a la villa de San Fernando y desde allí empezaron a recorrer, como otros lo hicieran en ocasiones anteriores, todos los caminos y parajes de la zona. Cautelosamente recorrieron el camino de la frontera de Colchagua hasta Maule, una y otra vez; rodearon los cerrillos de Teno, fuertemente armados; penetraron por los caminos transversales; cruzaron villas y poblados. Pero el enemigo no apareció por parte alguna. Hábilmente dispersos, por la táctica campesina cazurra del "desparra-

mo", los bandoleros vigilaban por doquier el paso de las patrullas, convertidos aparentemente en pacíficos habitantes. Al no encontrar enemigos a quienes combatir, Quintanilla creyó altaneramente que las cuadrillas de salteadores y guerrilleros, atemorizadas por su presencia, se habían disuelto para siempre. Se consideró triunfador sin haber librado batalla y así lo comunicó a Marcó del Pont.

"Quedo impuesto de haberse desaparecido la cuadrilla de salteadores que US. fue a perseguir", le decía en contestación don Francisco Casimiro Marcó del Pont. Y le agregaba: "Resta observar la dirección que llevan y que la participe a los jefes de los distritos a donde puedan haber ido a refugiarse, para que se les ataque en todos los puntos hasta haber conseguido su captura..."

Pero José Miguel Neira y sus hombres no habían abandonado el campo... Ocultos en sus madrigueras, dispersos por el momento desde Colchagua hasta Maule, sólo esperaban, cual fieras monteses, el momento preciso para saltar sobre su presa.

VIII

EL ZORRO DE PEOR ES NADA

Ocultos entre los sauzales del estero Chimbarongo, José Miguel Neira y sus hombres esperan la llegada de la noche. Conversan en voz baja, nerviosamente, mientras fuman toscos cigarros de hoja de maíz. Todos están sentados sobre las piedras del estero, por entre las cuales el agua se escurre limpia y cantarina. Los caballos, a poca distancia, ramonean la húmeda yerba de la ribera.

La empresa que tienen entre manos, celosamente planeada, puede ser para ellos de una grande importancia y entraña, a la vez, peligrosas posibilidades. Hacia el norte del estero, en el lugar llamado Peor es Nada, vive un hacendado de apellido Guzmán. Tiene fama de rico y avariento; es hombre cruel y despiadado con sus inquilinos; y corren sobre él las más extrañas leyendas, señalándosele como poseedor de valiosos entierros de monedas. Pero se supone que vive fuertemente armado y protegido, y hasta ahora jamás ha sido molestado. Con un sentimiento de odio y de temor, la región le ha dado el apodo de el "zorro de Peor es Nada".

Nadie sabe si el zorro es español o es criollo; pero en los últimos acontecimientos se ha manifestado como un decidido realista. Pese a su tacañería, su hacienda ha estado siempre abierta a las tropas y a los funcionarios reales;

sus aportes de dinero, de animales, de alimentos, para la causa del Rey, han sido cuantiosos.

Neira ha estado recibiendo insinuaciones de los patriotas para atacar las casas de Peor es Nada. Se había resistido en un principio, con algo de temor; pero luego, impulsado por la esperanza de un rico botín, había echado de mano todas sus precauciones y recelos y se había decidido al ataque. Con diez de sus mejores hombres había partido a galope tendido desde su madriguera en los cerrillos de Teno; y allí estaba ahora, junto al estero de Chimbarongo, en espera de la noche para iniciar el ataque.

La obscuridad es completa cuando los bandoleros salen de su escondrijo. Marchan un trecho por entre los pedregales del lecho del estero y luego se internan por un pequeño sendero en dirección hacia el norte. Las casas de la hacienda de Peor es Nada se aparecen de pronto como una enorme mole oscura, apenas alumbrada por la luz vacilante de un farol que, sin duda, pende de las vigas del corredor exterior. Los habitantes de las casas seguramente están aún en pie; pero ello está contemplado en los planes de Neira.

Llegan en silencio hasta corta distancia de las casas y se detienen. En la puerta de un cuartillo del corredor exterior conversan dos hombres emponchados, seguramente campañistas a cargo de la vigilancia nocturna. Permanecen los bandoleros observándolos por algunos instantes; y de pronto dos de ellos, obedeciendo a una orden de Neira, desmontan silenciosamente y se dirigen arrastrándose, cual solapadas culebras, hacia el corredor de las casas. Se pierden en la obscuridad, mientras el resto de los bandoleros permanece expectante; pero al cabo de corto tiempo se les ve surgir de un salto en el corredor de las casas y caer puñal en mano sobre los hombres que allí conversan. Ni un solo grito han alcanzado a dar y caen pesadamente sobre el enladrillado en medio de borbotones de sangre.

Neira da la orden de ataque y toda la banda se precipita hacia las casas. Uno queda cuidando la caballada y los

demás irrumpen hacia el interior descerrajando puertas brutalmente. El hacendado Guzmán, rodeado de su familia, termina en esos instantes de cenar. Alarmado por el bullicio de los bandoleros da grandes voces llamando a sus servidores y empuña la pistola que siempre lleva al cinto; pero antes de recibir ninguna ayuda y sin alcanzar siquiera a apretar el gatillo, la bala de uno de los bandoleros le hiere dolorosamente un brazo. En cuestión de minutos, él y todos los suyos están completamente dominados por los bandoleros; y son fuertemente atados por ellos con rudos y peludos lazos de cuero vacuno.

Guzmán se deja llevar por una tremenda, pero impotente ira. Estalla en expresiones groseras e injuriosas, amenazando a los bandidos con implacables represalias de parte de las autoridades. Pero José Miguel Neira, con cínica sonrisa, ante cada denuesto le deja caer un revés con su mano callosa. No se molesta en contestarle y pasea su mirada por la valiosa platería que adorna el comedor. Las mujeres y demás familiares permanecen mientras tanto presas del más horrendo terror, mirando con ojos desorbitados a los bandoleros.

De pronto Neira se dirige a sus hombres:

—Ahora, niños, a recoger en las casas todo lo que sea de valor. Yo me entenderé aquí con el “patrón”.

Dice “patrón”, con una expresión de burla y se queda mirando a Guzmán con ojillos llenos de odio y de malicia.

Los hombres se dispersan por las habitaciones de las casas y Neira permanece en el comedor acompañado por uno de los suyos, a quien retiene en el último instante. Desenvaina lentamente un viejo sable que cuelga de su cintura y se dirige hacia Guzmán:

—Con que no era tanta tu defensa, miserable. ¿Te creías que dos infelices en el corredor de tu casa iban a detener a José Miguel Neira? ¡Se ve que no me conoces!

Estirando su busto con altanería dirige su espada hacia el hacendado. Su figura desaliñada, en la cual resalta anacrónicamente la colorida casaca de coronel, le dan en

esos instantes un aspecto tremendamente siniestro. Las mujeres gritan y lloran, pidiendo piedad; y hasta el mismo Guzmán, ante el ademán decidido del bandido, empieza a ser dominado por el temor.

José Miguel Neira avanza unos pasos y coloca la punta del sable en el cuello mismo de Guzmán, haciéndole indolentemente algunas rasguñaduras.

—Ahora, le dice, me vas a decir dónde escondes la plata sellada.

Guzmán se deshace en negativas. Nada tiene él escondido y las casas de la hacienda no guardan un solo patacón. Pueden registrarlas tranquilamente para convencerse.

Pero Neira no cede en su empeño. Presiona más el sable sobre el cuello de Guzmán y le dice:

—Si no me indicás al momento el escondite, te atravieso con la catana. De nada te servirán entonces los patacones.

Guzmán se entrega al fin. Su apego a la vida y el griterío de las mujeres lo hacen revelar todo al bandolero.

En disimulado hueco entre los gruesos muros de adobe, Guzmán guarda un costal de cuero apretado de monedas de plata. Es el producto del ahorro y de la tacañería de largo tiempo. Allí Guzmán ha ido depositando moneda tras moneda el precio de sus cosechas, de sus animales, de sus negocios. Sólo él y su mujer han estado al tanto del secreto; y periódicamente, en medio del mayor sigilo y cerrando celosamente las puertas de acceso al patio interior, han venido realizando la operación del "asoleo" de la plata. Aquel tesoro es la mayor satisfacción del hacendado y jamás creyó verse en el duro trance de entregarlo. Un enorme desaliento lo domina después de su confesión y permanece con los ojos cerrados.

Neira coge el costal con manos temblorosas. Lo palpa por fuera y le brillan los ojos al sentir el ruido metálico; pero para cerciorarse enteramente, corta con el corvo una de sus amarras y hunde la mano entre las monedas. Saca

algunas y luego las deja caer nuevamente, mientras mira de reojo a su compañero con mirada de satisfacción.

Al galope parten los bandoleros de regreso. El botín ha sido riquísimo, cual nunca lo soñarán. Neira lleva el costal de monedas cruzado sobre su montura y con el vaivén del caballo óyese ininterrumpidamente un tintineo metálico que llena a todos de satisfacción. Los demás bandoleros portan valiosos objetos, armas, vestiduras; y uno de ellos se ha hecho cargo de un repleto hurón de vino.

El regreso es alegre, en medio de risas y de bromas. Sopla una suave brisa de primavera, cargada de aromas campestres. Los cascos de la caballada resuenan secamente por la tierra endurecida del camino real.

Pasada ya la medianoche los bandoleros están en su refugio en los cerrillos de Teno. Descargan el botín y beben algunas copas para reparar las fuerzas. Luego Neira, llenándose todos los bolsillos con monedas de plata, se dirige a sus hombres:

—¡Ahora, niños, a celebrar el triunfo con una buena parranda! Y agrega con algo de cazurrería:

—¡Viva la Patria!

Guiados por Neira, se dirigen los hombres hacia Quilvo. En uno de sus ranchos vive pobremente una mujer con la que Neira suele relacionarse de vez en cuando. Es casada con un pobre y tímido labriego, que ante las amenazas de Neira ha debido tolerar su irregular y humillante situación. Allí espera Neira terminar alegremente la aventura de aquella noche.

Al alumbrar los primeros destellos del alba, los bandoleros están instalados con desparpajo en el rancho de Quilvo, luego de haber despertado a grandes voces a sus moradores.

La mujer prepara en silencio una cazuela de gallina, mientras todos esperan bebiendo en medio del mayor bullicio. Uno de los bandoleros, de apellido Contreras, es cantador famoso en toda la comarca y sabe entonar con gracia canciones "a lo divino y a lo humano". Como siempre se

niega a pulsar guitarras, por ser instrumento de mujeres, ha traído desde los cerrillos un grande y grasoso "Guitarrón", con el cual entretiene también la espera.

Por las conversaciones de los bandoleros y por el alarde de dinero que Neira hace, la mujer y su marido comprenden pronto que acaban de dar un golpe de proporciones y se sienten invadidos cada vez más por instintivo temor.

Contreras arranca a su guitarrón primitivos acordes y entona con gangosa voz una y otra canción. La cazuela, condimentada ya, ha empezado a circular entre los hombres en platillos de greda y la alegría aumenta a cada instante. Neira está exuberante, satisfecho, y arroja monedas a los dueños de casa.

Mientras tanto, desde Peor es Nada ha partido a reventacinchas hacia la villa de San Fernando un emisario de Guzmán. Librándose dificultosamente de sus ligaduras, el hacendado ha enviado a pedir auxilio a las autoridades, esperanzado aún de salvar sus riquezas. De inmediato ha salido desde la villa un destacamento de milicianos armados de lanzas y tras él un cuerpo de soldados de línea.

La fiesta sigue inalterable en el rancho de Quilvo. Neira entusiasmado cada vez más ha empezado a requerir a la mujer, sin importarle un ardite la presencia de los demás hombres. El esposo, en un momento dado, abandona la habitación sin que nadie se percate en los primeros momentos. Más tarde es la mujer quien primero advierte la ausencia del hombre y manifiesta a Neira sus temores; pero éste ríe con desprecio altanero y la fiesta sigue.

La mujer, sin embargo, se manifiesta cada vez más inquieta y angustiada. Los hombres también van sintiendo poco a poco un cosquilleo de temor, presintiendo una delación del marido ultrajado. El propio Neira se pasea inquieto por la habitación y de vez en cuando se asoma a la puerta para escrutar hacia ambos lados del camino de Quilvo.

En un momento dado, Contreras dio un fuerte rasguído en su guitarrón y dejó de cantar:

—Hasta aquí, no más, don . . . , le dice a Neira. Es mejor que nos larguemos.

La mujer interviene con palabras atropelladas. Les pide que huyan al momento, pues no le cabe duda que su marido ha ido en busca de autoridades o de policías. Teme por la suerte de todos y por la de ella misma, que se verá comprometida.

José Miguel Neira se enfurece y estalla violentamente:

—¡Nadie se mueve de aquí, caramba! ¡José Miguel Neira no se atemoriza por un "hocicón"! ¡Que siga la fiesta!

Contreras es obligado a seguir cantando. Su guitarrón, presionado por mano nerviosa, emite sonidos inarmónicos, entrecortados; y Neira lo increpa groseramente.

En una de sus salidas a la puerta del rancho, Neira pudo advertir una tropa armada que se acercaba por el camino. De inmediato da el grito de alarma hacia el interior. Se produce un desorden extraordinario, en medio de los gritos de pánico de la mujer, y todos salen al exterior. Neira da la orden de montar y toda la banda se aleja unos metros hacia el lado del río. En un bajío del terreno próximo a las vegas del río, todos se detienen expectantes. Desde allí ven llegar hasta el rancho una partida de quince o veinte milicianos de San Fernando, armados de lanzas. Algunos desmontan y golpean la puerta, mientras otros se apostan por todos los contornos.

En este momento, José Miguel Neira, levantándose sobre los estribos de su montura ordena atacar. Al galope, la partida de bandoleros se deja caer sobre los milicianos. Enardecidos por el alcohol de la fiesta, alzan con furia sables y cuchillos y dan golpes a uno y otro lado. Los milicianos, completamente desconcertados, apenas atinan a defenderse y varios van cayendo heridos. Son pobres mozalbetes de milicias regionales, sin espíritu de lucha ni disciplina militar, fatigados ya por el largo trayecto desde San Fernando. Terminan por retroceder, perseguidos por los bandoleros, y se lanzan al río Teno en una desesperada tenta-

tiva de salvación. Neira no los sigue más adelante y ordena a sus hombres regresar.

En el campo de la lucha, junto al rancho, han quedado algunos milicianos heridos. Neira se acerca hasta ellos y los examina. Al ver que ninguno está grave tiene una sonrisa inescrutable y se queda mirándolos. Los milicianos se sienten invadidos de un temor cerval, esperándolo todo de los sanguinarios instintos del bandido; pero de improviso Neira mete las manos en los bolsillos de su pantalón y les arroja magníficamente puñados de monedas de plata.

—Vayan a curarse, niños, les dice. ¡Y no se metan más con Neira!

Luego penetra en el rancho, se sirve unos sorbos de cazuela y da a los hombres la orden de partida.

IX

OTRA VEZ CUMPEO

Después del asalto de Peor es Nada, José Miguel Neira podría sentir colmadas sus ambiciones. El rico botín lo ha dejado a él y a sus hombres llenos de dinero; y la derrota de los milicianos colchaguinos satisface el orgullo de todos. Los caudillos patriotas han aplaudido y elogiado calurosamente esta nueva acción del "coronel Neira" que ha humillado y arruinado a un realista extraordinariamente dañino para la causa. Podrían todos ahora quedarse tranquilos y arrinconarse a vivir en algún pedazo de tierra hasta que sus fechorías fuesen olvidadas.

Pero José Miguel Neira no está satisfecho. Hay algo para él muy importante que aún le falta, y que le cosquillea permanentemente en el cerebro. Las casas de Cumpeo, las viejas casas de la hacienda en que él viviera sus amargos días de la infancia, se alzan ante él como un reto. Ha podido humillar, durante su infame trayectoria, a ricos y poderosos; se ha burlado de las autoridades reales, de tropas de línea y de milicianos. ¿Quién podrá impedirle ahora humillar y arrasar a toda la comarca que conoció sus años de miseria y sufrimientos?

Apenas descansa dos o tres días. Una mañana da a sus hombres la orden de prepararse para partir hacia una nueva aventura. No son únicamente diez de sus mejores hom-

bres, como en Peor es Nada, los que ahora han de acompañarlo, sino que moviliza a todas sus huestes y las insta a armarse hasta los dientes. Pide también la cooperación de un grupo de guerrilleros que en ese momento está con él, dando a su proyecto, con astucia de zorro, una fisonomía netamente patriota.

—En Cumpeo hay grandes caballadas, dice a éstos últimos, que es menester recoger y tener preparadas para auxiliar al ejército patriota cuando baje de la “otra banda”.

Una larga columna de bandidos y guerrilleros sale de los cerrillos de Teno y se dirige hacia el sur por el camino de la Frontera. Los caballos resoplan asfixiados por el polvo y las espuelas huasas de los jinetes relumbran con el sol. A la cabeza marcha José Miguel Neira, enfundado en su casaca de coronel de milicias, sobre la que ha colocado un chamanto de vivos colores. Un puntudo bonete maulino le cubre la cabeza; y el barbiquejo suelto se enreda con las hirsutas grenchas de la barba. Monta un hermoso caballo negro, de anchas ancas y miembros nervudos, cuya tusa y cola sin cortar le dan el aspecto de potro salvaje. Es la montura preferida del bandolero y suele usarla en ocasiones extraordinarias, cuando es necesario un rendimiento máximo.

Junto a Neira, marchan algunos de los guerrilleros que se han asociado a su partida. Entre ellos, José María Muñoz, miembro de las milicias de Mendoza que ha sido enviado a Chile por el Gobernador San Martín. Tras ellos, siguen los demás bandoleros y algunos guerrilleros entremezclados con ellos. Llevan todos un aspecto siniestro, emponchados y con la barba crecida, algunos con carabinas terciadas y otros con cuchillos y sables a la vista.

Pasan a la distancia por los centros poblados para no ser advertidos y cada vez que pueden se apartan del camino de la Frontera para tomar pequeños senderos o “deshechos”. Las personas que se cruzan con ellos en el camino son por lo general apresadas y conducidas en medio de la banda, para evitar delaciones.

Atraviesan sin dificultad las aguas del río Lontué y del río Claro por vados que Neira conoce; y luego se internan por las campiñas que conducen a Cumpeo.

Desde la distancia y encaramado sobre un montículo, José Miguel Neira reconoció las casas de la hacienda Cumpeo. Se detuvo, observándolas con rostro impasible, inescrutable. Si alguna emoción cruzó por su mente, nadie ha podido advertirlo. Luego paseó su mirada por la comarca, buscando, acaso, el rancho de su infancia. Arrugó la frente, como recordando; pero de improviso se volvió a sus hombres:

—Ahora es preciso dar el golpe sin demora, antes que la gente se alarme.

Se distribuyen los hombres en varias partidas para atacar las casas y parten al galope.

Los habitantes de las casas de Cumpeo son tomados por sorpresa. El patrón, para suerte suya, se encuentra ausente; y sólo moran allí en esos instantes el mayordomo, algunos campañistas y sirvientes de menor importancia.

Disparando arcabuces y pistolas, los bandoleros se apoderan bien pronto de las casas. Algunos sirvientes intentan una débil defensa; pero son ultimados sin piedad. Uno o dos logran escapar por el patio interior y los restantes son arrinconados en el corredor.

José Miguel Neira se pasea ahora orgulloso por las casas patronales. Recorre zaguanes y corredores, penetra a las habitaciones, mientras una sonrisa sarcástica y cruel se le dibuja levemente. De pronto se acerca hacia el grupo de prisioneros y encarándose con ellos pregunta:

—¿Quién es el que manda aquí?

El mayordomo avanza unos pasos, levantando el ala de su sombrero y presa de terror contesta:

—Yo soy el mayordomo, su merced.

Neira lo mira unos instantes, sin disimular el odio que lo invade. Luego saca una pistola que sujeta en la faja campesina y la descarga sobre el infeliz, que cae en el enladrillado en medio de estertores de agonía. Guarda el arma el

bandolero y seca con el reverso de su mano gruesas gotas de sudor que corren por el rostro.

Algunos de los guerrilleros, que han presenciado la escena, cruzan entre ellos miradas consternadas; pero nadie se atreve a recriminar al bandolero.

Desde este momento, las casas de Cumpeo se convierten en cuartel general de bandidos y guerrilleros. Instalados en ellas, cometiendo toda clase de destrozos, consumen alimentos y vinos que las bodegas guardan y se apoderan de cuanto objeto de valor logran encontrar.

José Miguel Neira siente una íntima satisfacción al ser, aunque fugazmente, dueño y señor de la estancia que conociera sus sufrimientos de niño. Ríe mientras se emborracha en los comedores de las casas y se yergue con orgullo dando órdenes desde los corredores en los cuales viera, siempre con temor, a los patrones de antaño.

Varias operaciones de merodeo son organizadas desde allí. A diario, salen partidas de bandoleros que caen a sangre y fuego en pequeñas propiedades de los contornos o en los caseríos cercanos, sembrando el terror y la desesperación.

En especial, se realiza el acopio de caballada, que será destinada al ejército patriota. En los corrales próximos a las casas se van concentrando los más hermosos ejemplares equinos, que son conducidos por los bandoleros desde los más apartados rincones de la hacienda y de las propiedades vecinas.

Bien pronto comprende José Miguel Neira que no podrá permanecer por largo tiempo ocupando las casas patronales y que de un momento a otro se presentarán en ellas las tropas realistas, avisadas sin duda por los sirvientes que escaparon el día del asalto. Da orden de abandonarlas y conduciendo toda la caballada se dirige a levantar campamento en un oculto bosque de las inmediaciones.

Bajo la sombra de añosos árboles silvestres, la partida de bandoleros establece ahora su cuartel general. Las operaciones siguen con el mismo ritmo; pero los bandoleros, excesivamente confiados, van abandonando poco a poco las medidas de precaución y suelen dispersarse en diversos grupos fácilmente vulnerables.

La noticia de los sucesos de Cumpeo llega con presteza a conocimiento de las autoridades. Los sirvientes fugitivos habían logrado escurrirse hasta Curicó y allí habían dado amplias noticias de ellos. Sin embargo, la acción represiva se dilata, pues las milicias locales y las tropas de línea destacadas en la zona se resisten a emprender una acción de extremado peligro y esperan instrucciones de la capital del Reino.

Marcó del Pont no cabe en sí de indignación. El asalto de Peor es Nada, la derrota de los milicianos colchagüinos y ahora los increíbles desmanes de Cumpeo, lo sacan de quicio. Se impacienta, expide órdenes, adopta medidas militares y llega hasta increpar duramente a sus subordinados. Como medida inmediata se propone impedir a toda costa que tales sucesos puedan derivar en beneficio de los revolucionarios de Mendoza; y da instrucciones terminantes para aprehender a Neira y a los suyos y para "arrastrar" la caballada que hubieren acopiado.

En comunicación al Jefe del Cantón, don Antonio Quintanilla, le dice terminantemente: "Cuando descansaba en la seguridad de haber desaparecido la cuadrilla de insurgentes y de salteadores de los caminos y cordillera de Maule, según participó US., tengo la noticia de que permanecen continuando las atrocidades, y que han muerto recientemente al mayordomo y otras gentes de la hacienda de Cumpeo. Avance US. con todo o parte de su fuerza que estime necesario a aquel punto hasta encontrar y exterminar a esos criminosos allí y en los cerrillos de Curicó, y no se retire sin eva-

cuar este servicio y esperar mis órdenes, según el éxito de que me irá dando partes.— Dios guarde a US. muchos años.— Santiago, 6 de Noviembre de 1816.— Francisco Marcó del Pont.”

No se detiene Marcó del Pont en su impaciencia.

A mediados de noviembre, varios piquetes de soldados de línea recorren aparatosamente los principales centros poblados desde Santiago hasta Talca en cumplimiento de una misión del Gobierno. Tratan de impresionar con rostros ceñudos y con desusado aparato militar. Los pacíficos habitantes de Rancagua, de Rengo, de San Fernando, de Chimbarongo, de Curicó, de Talca y de otras poblaciones, que no han olvidado aún las amargas horas vividas durante las recientes campañas militares de la Patria Vieja, ven con extraordinaria sorpresa penetrar por sus callejuelas piquetes de soldados armados, que marchan al son de tambores. Se detienen en las plazas públicas o en los lugares más frecuentados y uno de ellos, desenrollando un pliego, lee con voz tonante un bando del gobierno. Es una terrible admonición en contra de los bandoleros, que es escuchada en medio de sepulcral silencio. Luego otros soldados embadurnan con engrudo grandes cartelones que contienen el mismo bando y los fijan en los muros para permanente conocimiento del público.

Una vez que abandonan el pueblo, los vecinos se acercan hasta los cartelones y repasan en silencio las terribles órdenes del gobierno realista:

“Primeramente, ninguna persona de cualquier calidad que sea, bajo pretexto alguno podrá dar hospitalidad en su casa a aquellos que la reclamen sin llevar el correspondiente pasaporte, que deberán mostrarles, bajo pena que si no lo hiciesen, por la primera vez, siendo plebeyos sufrirán doscientos azotes, y destino a las obras públicas u otra pena arbitraria al gobierno según las circunstancias, y siendo personas de calidad, la multa de dos mil pesos si son pudientes; y en caso contrario, cinco años de destierro a la isla de Juan Fernández; pero por la segunda se le aplicará

irremisiblemente la pena de muerte, tan merecida por aquellos que son causa de tantas como ejecutan los criminosos a quienes abrigan. 2º— Todos aquellos que sabiendo el paradero de los expresados JOSE MIGUEL NEIRA, don José Manuel Rodríguez y demás de su comitiva no dieran pronto aviso a las justicias más inmediatas, sufrirán también la pena de muerte justificada su omisión, incurriendo en la misma los jueces que, avisados de su paradero, no hagan todas las diligencias que estén a sus alcances para lograr su aprehensión. 3º— Por el contrario, los que sabiendo donde existen los expresados Neira y Rodríguez los entreguen vivos o muertos, después de ser indultados de cualquier delito que hayan cometido, aunque sean los más atroces, y en compañía de los mismos facinerosos, se les gratificará además con mil pesos que se les darán en el momento de entregar cualesquiera de las personas dichas en los términos insinuados; bajo la inteligencia que este superior gobierno será tan religioso en cumplir sus promesas, como ejecutivo en la aplicación de las penas que van designadas: en esta virtud para que lo contenido tenga efecto, y ninguno alegue ignorancia, publíquese por bando y fíjese en los lugares públicos acostumbrados, e imprimiéndose los ejemplares convenientes, circúlese por los partidos del reino.— Fecho en esta ciudad de Santiago de Chile a 7 de Noviembre de 1816.— Francisco Marcó del Pont.”¹¹

Los vecinos leen con curiosidad y con sorpresa las órdenes del Gobernador; y comentan animadamente las graves amenazas y las suculentas recompensas que él contiene. Hay una clara y tentadora incitación a la delación, que podría fácilmente prender en las clases populares y especialmente en los mismos malhechores. Basta con que alguien indique el paradero de Neira y conduzca hasta allí a los soldados realistas para que se vea poseedor de una gruesa suma de dinero y perdonado de todas las fechorías que hu-

¹¹ Este mismo bando había sido publicado en la Gaceta del Gobierno, con fecha 8 de noviembre de aquel año de 1816.

biere cometido. ¿No es acaso una tentación para los propios integrantes de su banda?

Sin embargo, el temor, la complicidad y, acaso, el sentimiento patriótico, sellan los labios. No hay nadie que intente entregar a José Miguel Neira; y en él mismo momento en que se publica el bando éste está entregado a acciones de gran envergadura, que podrá continuar desenfadadamente hasta que las autoridades, por sus propios medios, consigan atacarle.

El coronel don Antonio Quintanilla, apremiado por las requisitorias de Marcó del Pont y temeroso de caer en su desgracia, se decide por fin a actuar.

Acompañado por dos oficiales y al frente de una partida de carabineros de Abascal, sale el 2 de diciembre en dirección hacia Cumpeo. Lleva el propósito de terminar definitivamente con bandidos e insurgentes.

Avanzan decididamente por los caminos reales. Por doquier advierten alarma y angustia frente a los últimos desmanes. Sin embargo, todos callan cuando son interrogados; y nadie puede dar un dato preciso sobre el actual paradero de los perseguidos. Sólo en el último momento, autoridades locales señalan con precisión el escondrijo de Neira en medio de un bosque. Quintanilla, valiéndose de toda clase de precauciones, avanza hacia él en derechura; y ya en sus proximidades se detiene para esperar la noche y dar el golpe de sorpresa.

José Miguel Neira, mientras tanto, vive con la mayor confianza y desenfado, despreciando las informaciones que le llegan y seguro de que nadie podrá jamás echarle mano. Un día había conocido el bando de Marcó del Pont que ponía a precio su cabeza y la de Manuel Rodríguez. Uno de sus hombres, que penetró por las callejas de un poblado, lo vió adherido a un muro; y luego de leerlo, lo había desprendido sin vacilación, partiendo a escape. Alguien lo leyó a Neira en voz alta, y éste se había limitado a reír socarronamente.

Aquella noche José Miguel Neira, confiado en su estrella, duerme a pierna suelta con dos de sus compañeros. Su casaca, de la que se ha desprendido por el calor reinante, cuelga del tronco de un árbol; y las armas, con el mayor descuido, están dispersas a su alrededor. Los caballos, a alguna distancia, ramonean apaciblemente; y un débil fuego entre dos grandes piedras conserva el rescoldo para el día siguiente.

El crujido de ramas y de hojas secas, destrozadas por cascos de cabalgadura, despierta a Neira hacia las dos o tres de la madrugada. Se restriega los ojos y mira hacia uno y otro lado por entre las hileras de árboles. Cuando su vista se acostumbra a la obscuridad, advierte que por distintas direcciones avanzan hacia él soldados de caballería, en medio del mayor sigilo. Sin pronunciar una sola palabra remece con violencia a sus compañeros para despertarlos. En un segundo todos están en pie y sin tiempo para recoger sus armas ni su ropa, huyen semidesnudos hacia el interior del bosque. Algunos soldados echan pie a tierra y los persiguen; pero los bandoleros se internan por entre angostos callejones y desaparecen en la espesura del follaje. Quintanilla da entonces orden de rodear el bosque por todos sus contornos, y sus carabineros con la mayor presteza forman una cintura que hará imposible la huída de Neira.

Empieza ya a amanecer. Las tropas realistas dan por segura la captura de Neira y se aprestan para un castigo ejemplarizador. Pero de pronto surge a la distancia una partida de cerca de veinte bandidos y guerrilleros que regresan al refugio, después de haber merodeado en los contornos durante la noche. Al ver la partida de carabineros rodeando el bosque, comprenden de inmediato el peligro en que se encuentra su jefe y cargan al galope sobre los realistas.

La lucha que se traba es feroz y desesperada. Se cruzan sables y cuchillos y resuenan los disparos de arcabuces y pistolas. En medio de la confusión, José Miguel Neira y sus dos compañeros, logran abandonar el bosque y se po-

nen a salvo corriendo como gamos. El jefe de la partida de bandoleros, al percatarse de este hecho, estima innecesario y peligroso continuar la lucha. Da orden de retirada y la partida se aleja a galope tendido.

Cuatro hombres han quedado prisioneros de los realistas. Son Pablo Valdés, Nicasio Escobar, Tiburcio Torrealba y el miliciano de Mendoza José María Muñoz. El coronel Quintanilla los hace comparecer a su presencia y no vacila en adoptar una decisión extrema: los hace fusilar en el mismo terreno. Corta luego las cuatro cabezas, las hace colocar en un morral y parte hacia Curicó al frente de su tropa.

Desde el día siguiente, los pacíficos campesinos de la región pudieron presenciar el espectáculo siniestro de cuatro cabezas clavadas en escarpas en el camino público.

Las autoridades realistas dieron al hecho mayor importancia de la que en realidad tenía; y lo divulgaron como un triunfo notable de las tropas realistas sobre las partidas de bandidos y guerrilleros. Quintanilla envió a Marcó del Pont un ampuloso parte y Marcó le contestó aprobando ampliamente su conducta. La misma Gaceta del Gobierno, con fecha 10 de diciembre, se refirió al suceso con expresiones exageradas. "Se pusieron en fuga, decía, por cerros casi inaccesibles, y lograron su escape dejando en poder de la tropa diez caballos ensillados, incluso los de Neira y sus dos compañeros, una tercerola, un trabuco, dos pistolas, seis espadas y el uniforme de Neira con las divisas de coronel."

Bien pronto habrían de comprender que aquel suceso nada significaba para el destino de su causa; y que bandidos y guerrilleros, sin desfallecer, continuarían actuando con la misma arrogancia y el mismo desenfado.

Después de su escapada, los bandoleros logran concentrarse en un paraje cercano. José Miguel Neira permanece enfurruñado. Ha salvado su vida como por milagro, es cier-

to; pero ha perdido su caballo regalón, su negro brioso y salvaje, y con él la hermosa silla criolla, llena de "pellones" y de adornos de plata. Aquello le duele profundamente y encuéntrase herido en uno de esos rudos afectos de la gente campesina. Le duele también la pérdida de su casaca de coronel. Se ha acostumbrado ya a sus vivos colores, a sus dorados galones; y se siente ahora disminuido sin ella. Le parece que no fuera ya coronel de milicias.

Pero de pronto se repone José Miguel Neira y reinicia con singular entusiasmo sus merodeos y sus asaltos, animado cada vez más con las buenas noticias que recibe desde Mendoza y con los succulentos productos de sus deprecaciones.

Un día llega hasta él un emisario de la "otra banda". Le hace entrega de un pliego cerrado, que Neira recibe con instintiva desconfianza. Lo alarga al "fraile", que es su asesor letrado, para que lo lea en voz alta. El "fraile" lo desenvuelve con ágiles manos y aclarando la voz lo lee con tono eclesiástico:

"Al señor Miguel Neira.— Donde se halle.— Diciembre 3 de 1816.— Mi estimado Neira: Sé con gusto que Ud. está trabajando bien. Siga así, y Chile es libre de los murrangos. Dentro de poco tiempo tendrá el gusto de verlo, su paisano y amigo.— SAN MARTIN.— Si necesita armas y municiones, avísemelo para enviárselas".

Al leer la firma, el fraile tiene un temblor de voz. ¡Es el propio Gobernador San Martín, el legendario personaje de Mendoza, quien escribe a Neira en tan afectuosos términos!

José Miguel Neira se pavonea con indecible orgullo. Una leve sonrisa tuerce su boca y pasea la vista por entre sus hombres. Constata que por extraña coincidencia la carta de San Martín está fechada el 3 de diciembre, el mismo día en que se realizara el encuentro de Cumpeo en el cual perdió su casaca y su caballo y hubiese perdido la vida si sus compañeros no acuden con tanta oportunidad. Toma la carta, la manosea, la dobla cuidadosamente y la guarda en

uno de los bolsillos interiores de su chaqueta. Allí habría de conservarla hasta su muerte¹².

Muy poco después, Neira y sus hombres se dirigen de nuevo hacia su escondrijo de los cerrillos de Teno; y desde allí parten hacia las sierras y llanos de Colchagua, en busca de nuevas aventuras.

¹² Don José Miguel Infante, escribiendo en 1834, dice haber visto esta carta.

X

APRESAMIENTO EN MELIPILLA

Son los primeros días de enero de 1817. Por el árido y estrecho camino real próximo a Lo Chacón, marcha el guerrillero Manuel Rodríguez, seguido de cuatro campesinos. Montan ágiles caballos y van armados de sables, tercerolas y pistolas. Uno de los acompañantes es el asistente de Rodríguez, hombre leal que lo sigue a todas partes. Dos, son comarcanos de la isla del Maipo, que se le juntaron en las proximidades del vado de Naltahua; y el último, que había llegado hasta él en el caserío de Lo Chacón, decía llamarse José Guzmán y ser propietario agrícola de los contornos.

Rodríguez los ha comprometido a todos para realizar un audaz asalto a la villa de Melipilla. José Guzmán es hombre conocedor de la región y los va guiando diestramente. Un bonete maulino lo cubre hasta las cejas y por entre los pliegues de su poncho cuelga un viejo sable. Marchan sin detenerse y al amanecer del 4 de enero se detienen en las proximidades de la hacienda de Paico. Mientras Rodríguez descansa en las casas de la hacienda, sus hombres, agazapados en el camino, se dan a la tarea de detener a los transeúntes instándolos a participar en la empresa.

Son aquellos, días de movimiento en los caminos públicos. Las festividades de Pascua y Año Nuevo, que en con-

junto los campesinos llaman "las Pascuas", tienen detenidas las labores camperas y un ambiente de diversión lleva a la gente hacia San Francisco del Monte y otros lugares. Son muchos los que se entusiasman ante la idea del asalto y pronto se junta una partida de cerca de ochenta campesinos a caballo.

Hacia las nueve de la mañana la partida penetra en Melipilla en medio de gran algazara. La operación no tuvo dificultades de importancia y los asaltantes pudieron dominar enteramente la situación, apresando al Subdelegado realista y saqueando las arcas reales y el estanco.

Luego de un día de diversiones y entusiasmo, los hombres abandonan Melipilla y van a refugiarse a la hacienda Hualemo. Se sirven allí una suculenta cena; y durante la noche, mientras los hombres reposan, ebrios y dormidos, Manuel Rodríguez y sus cuatro primitivos compañeros, se alejan en silencio. José Guzmán, siempre emponchado y con un brillo alcóhólico en los ojos, los guía hacia el sur. Cruzan el río Maipo y se internan por las serranías hasta llegar a la hacienda de Chocalán. Allí, ocultos entre las quebradas y el follaje, se deciden a permanecer por algunas horas.



Doña Carmen Lecaros es dueña de la Hacienda de Chocalán. Vive en ella durante todo el año, dirigiendo personalmente todas las faenas. Es mujer de carácter y entereza, inmensamente rica, que gobierna lo suyo con singular energía. Los contornos la temen y la respetan y se tejen a su alrededor todas aquellas leyendas de que fue tan pródiga la Colonia frente a las mujeres dominadoras.

Recibe con alarma la noticia que uno de sus servidores le lleva con presteza. Aquellos hombres desconocidos, tenebrosamente emponchados y armados hasta los dientes, que se han ocultado en las quebradas de su hacienda, le causan indignación y zozobra. Es posible que sean bandoleros de aquellas terribles partidas de "maulinos", o que

sean guerrilleros patriotas. Ella, que es realista hasta la médula, y que defiende lo suyo sin vacilaciones, no está dispuesta a tolerarlos en ningún caso. Hace llamar al mayordomo Tiburcio Romo y a algunos inquilinos y les da orden de colôcarse en las inmediaciones del escondrijo, vigilando todos los movimientos de los desconocidos. Al mismo tiempo, envía un mensajero a caballo a dar aviso a las autoridades de Melipilla.

Mientras tanto, la noticia del asalto a Melipilla había llegado a Santiago el mismo día 4 de enero al atardecer. Marcó del Pont, presa de intensa indignación y alarma, pensó de inmediato en los hombres de Manuel Rodríguez y de José Miguel Neira. ¡Sí, no podían ser otros! ¡Sólo el audaz e impenitente guerrillero y el bandido feroz, podían ser capaces de una osadía semejante en los mismos contornos de la capital del Reino! Sin perder un solo instante, Marcó del Pont se dispone a actuar y ordena de inmediato la partida de tropas en persecución de los asaltantes.

Al anochecer sale de Santiago el subteniente Antonio Carrero al frente de treinta dragones. Galopando lo más del camino logra llegar a Melipilla hacia las dos de la madrugada del día siguiente. Siguiendo la pista de los asaltantes partió de inmediato a la hacienda Hualemo. Cayó sobre las casas patronales y las registró minuciosamente; pero ya todos los hombres se habían dispersado y sólo logró apresar algunos campesinos que nada sabían de los hechos. Sin detenerse más, cruzó el río Maipo y se dispuso a caer sobre las demás haciendas de la comarca. En el camino encontró a un nuevo emisario de doña Carmen Lecaros que le da amplios informes del actual paradero de los fugitivos, cuya pista ha sido seguida permanentemente. Al palope parten hacia la hacienda de Chocalán, seguros ya de que aquellos hombres son los cabecillas del asalto.

Doña Carmen Lecaros, que siempre ha sido servidora de la causa realista, recibe a Carrero y a sus dragones con amplia hospitalidad. Los hace descansar unos instantes, sirviéndoles un refrigerio y luego los hace guiar por el ma-

yordomo Romo y otros inquilinos hacia los lugares por donde se desplazan los desconocidos. Las cansadas cabalgaduras de los soldados son reemplazadas por frescos caballos de remuda y todos parten con la mayor presteza. Recorren montes y laderas, en dirección hacia el sur; pero los guerrilleros parecen haberse hecho humo. Las haciendas de Culiprán, Santa Rosa y San Vicente son registradas hasta en sus más ínfimos rincones, sin el menor resultado. Por fin logran dar con la pista de los fugitivos, que han venido avanzando en medio de las mayores dificultades y fatigas; y en un momento dado logran apresar a José Guzmán y a otros dos individuos. Manuel Rodríguez ha logrado escaparse, internándose en las serranías de Alhué.

Con los tres prisioneros fuertemente atados, Carrero regresa a la hacienda de Chocalán. En los corredores de las casas los interroga acremente; pero sólo encuentra en ellos negativa y silencio. Uno de los inquilinos se queda de improviso mirando fijamente a José Guzmán. Lo observa de alto abajo; examina sus vestimentas, su rostro sudoroso, las greñas que sobresalen del bonete maulino. Se dirige entonces hacia Carrero y en voz baja le espeta:

—¡Ese hombre es José Miguel Neira!

Ante la sorpresa de Carrero, el inquilino se explica. El ha sido "viviente" de Colchagua durante mucho tiempo y pudo presenciar más de uno de sus asaltos. La figura del bandolero es inconfundible e inolvidable; y no le cabe duda de que están ahora frente a él.

Otros hombres, que dicen también conocerlo, corroboran lo mismo. Sonríe Carrero de satisfacción y se encara con el presunto Neira. Con voz pausada, dejando caer las palabras lentamente, le dice:

—¡Con que tú eres José Miguel Neira!

El interpelado se queda mirándolo con aire impasible e inocente. Sus ojos oblicuos, brillando en medio de la barba rala y crecida que cubre su rostro, nada dicen. Carrero lo apremia, ahora con palabras rudas, para que conteste, y por fin el hombre se decide a hablar.

—Me llamo José Guzmán, dice, y soy propietario en Lo Chacón. No conozco a ningún Neira.

Los demás presos confirman lo mismo y son inútiles las amenazas y los apremios para hacerlos cambiar de posición.

Exasperado, el subteniente Carrero ordena aplicar cincuenta azotes a cada uno de los presos. El castigo se aplica en el mismo corredor de las casas en medio de la tropa. Los azotes resuenan secamente y los hombres los soportan con entereza, sin proferir un solo lamento. Doña Carmen Lecaros, de pie en un extremo del corredor, presencia la escena imperturbable.

—Confiesa, ahora, dice Carrero al final. ¿Eres el bandido José Miguel Neira?

El hombre mantiene su misma negativa y repite inalterablemente:

—¡Me llamo José Guzmán!

Los otros presos se mantienen también en la misma negativa; y todos, sin vacilación, niegan incluso haber participado en el asalto de Melipilla.

Carrero se desiste de continuar con el apremio y ordena el envío de los presos a Santiago. Doña Carmen Lecaros ofrece oficiosamente la cooperación de algunos inquilinos de confianza, para no distraer las tropas de dragones, que deberán continuar en la búsqueda de guerrilleros.

Fuertemente atados y en medio de un grupo de inquilinos con carabinas terciadas, el llamado José Guzmán y sus compañeros son conducidos a Santiago. Todos creen ya a pie juntillas que se trata del terrible José Miguel Neira y se adoptan las mayores seguridades. En su tránsito por los caminos no llaman mayormente la atención ya que a nadie extrañan, en esos tiempos convulsos, tales escenas.

Hacia las cinco de la tarde del día ocho de enero, los inquilinos de Chocalán y sus prisioneros llegan a la Plaza de Armas de Santiago. Se produce una tremenda expectación al saberse que se trae preso al bandido Neira. Sin tar-

danza es encerrado en la cárcel con sus dos acompañantes y se envía aviso al Presidente Marcó del Pont.

Los inquilinos reposan en la plaza sentados en el suelo y teniendo de las riendas a su cabalgadura. Están llenos de polvo y de sudor y ofrecen un aspecto lamentable, que llama la atención a los transeúntes; pero se sienten satisfechos y seguros de haber realizado una misión trascendental. De pronto ven salir desde el palacio de gobierno a un soldado que se dirige hacia ellos en derechura. Lo reciben sin levantarse y escuchan sus palabras con gesto impasible. El Presidente Marcó del Pont desea verlos y envía en su busca. Se levantan desganadamente y en el mismo estado en que se encuentran, polvorientos y sudorosos, siguen al soldado. Los caballos quedan en la plaza al cuidado de un transeúnte ocioso que es requerido acremente para ello por el soldado.

Penetran por el ancho portalón del edificio de gobierno, mirando embobados hacia uno y otro lado. En los mullicos alfombrados de los salones van dejando una mancha oscura con sus rudos calzados llenos de polvo. El Presidente los recibe amaneradamente; pero con amabilidad casi afectuosa. Desea agradecerles en nombre del Rey el valioso servicio que han prestado a su causa. La prisión de ese facineroso que tantos daños ha causado a la gente de bien, les dice, significará para el país una apreciable tranquilidad. Los campesinos nada dicen, anonadados por el boato de cortinajes, muebles y uniformes que los rodea. Son despedidos con la misma amabilidad y regresan hasta sus cabalgaduras. Han cumplido ya su misión y se aprestan para beber unas copas en algún bodegón y emprender el viaje hacia sus tierras.

En la Cárcel se inicia con presteza el interrogatorio de los presos. Ante la sorpresa de funcionarios y soldados vuelven a negar toda participación en los recientes sucesos. El supuesto Neira insiste en sostener que se llama José Guzmán y que es un pacífico propietario de Lo Chacón. Se repiten los apremios, las amenazas, los azotes; pero todo es

en vano. La misma situación se repite al día siguiente, causando entre las autoridades vacilación y desconcierto.

El día 10 la Gaceta de Gobierno da cuenta del suceso, en términos dubitativos. "A las cinco de la tarde del día ocho, dice, entraron reos en esta capital tres de los facinerosos que, capitaneados por el infame Manuel Rodríguez, tuvieron el arrojo de sorprender la villa de Melipilla y cometer en ella varios atentados. Uno de ellos es el que se denominaba José Miguel Neira. El niega serlo en realidad; y no habiéndose aún esclarecido completamente la verdad, suspendemos el juicio hasta la finalización de la causa que se les sigue con viveza."

Durante algunas semanas se prolonga la prisión de los tres presuntos guerrilleros. Mantienen inalterable su entereza, sin anonadarse por los apremios y amenazas. Pronto llegan algunos amigos de Guzmán, que ofrecen su testimonio para acreditar su verdadera identidad. Se los interroga minuciosamente y todos dicen conocerlo de largo tiempo atrás como agricultor de Lo Chacón, llamado efectivamente José Guzmán; y para mayor claridad completan su nombre: José Antonio Guzmán.

Las autoridades y los letrados se desconciertan cada vez más. Ninguna prueba tienen en contra de esos hombres y terminan por ponerlos en libertad.

José Guzmán transpone, así, las puertas de la cárcel de Santiago con sus dos compañeros. Consiguen cabalgaduras y se encaminan al galope hasta la calle de San Diego el Viejo. Pronto caminan desenfadadamente, ya en calma y fumando toscos cigarros, por el camino real de la Frontera.

Avanzan largo trecho en silencio, cambiando entre ellos sólo monosílabos. En el centro va José Guzmán, mordiendo el barbiquejo de su bonete y con las haldas del poncho agitadas por el viento. Lleva la mirada fija en lontananza y en ella se advierte un ligero destello de malicia.

Se detienen junto a la vara topeadora de un rancho y desmontan a beber unas copas. Pronto están otra vez sobre

sus cabalgaduras y se pierden al galope por el polvoriento camino.

¿Era aquel hombre José Miguel Neira?¹³

Nadie podría haberlo asegurado o negado en aquellos momentos. Y "José Antonio Guzmán", compañero de Manuel Rodríguez en el audaz asalto a Melipilla, desapareció en el camino real, junto con el secreto de su identidad.

¹³ Barros Arana indirectamente se inclina a sostener que se trataba efectivamente de José Guzmán, propietario de Lo Chacón; y que Neira "no había salido de las cordilleras de Colchagua", Historia General de Chile, tomo 10, págs. 483 y 486. De igual opinión es Ricardo A. Latcham (Vida de Manuel Rodríguez, el Guerrillero).

XI

LA ETAPA FINAL

Son los primeros días de febrero de 1817. En los inicios cordilleranos del río Teno encuéntrase acampado un numeroso destacamento de soldados patriotas. Es una de las columnas del ejército libertador de Mendoza y se encuentra al mando del comandante don Ramón Freire. Ha salido de la capital cuyana el 14 de enero y luego de largos días de marcha por las pampas que se extienden al sur de la ciudad, ha cruzado la cordillera por el paso del Planchón. Mientras los soldados reposan, fatigados por largas jornadas, el comandante Freire escruta los cajones cordilleranos y forja planes en su mente. La misión que trae es dura y peligrosa, pues debe actuar en una región en la cual los realistas han concentrado fuertes contingentes de tropa para reprimir los desmanes de guerrilleros y bandidos.

La noticia del arribo de Freire se ha esparcido con vertiginosa rapidez por toda la región. Ya son muchos los patriotas que han salido a su encuentro para engrosar sus filas y otros siguen llegando día tras día.

Desde su estancia de Teno ha salido apresuradamente a reunírsele el guerrillero Francisco Villota al frente de sus hombres. Ha realizado sin éxito un audaz asalto a la villa de Curicó y es perseguido por los realistas. En una impre-

sionante lucha con el tiempo, trata de avanzar; pero su intento es frustrado y encuentra heroica muerte.

Desde Talca sale también el sargento mayor de artillería don José Manuel Borgoño. Oculto desde varios meses atrás ha estado prestando valiosos servicios a la causa en conexión con los guerrilleros locales. Desde su escondite ha mantenido permanente comunicación con el ejército de Mendoza y es uno de los primeros en conocer el arribo de Freire. Abandona su escondite secretamente, sin más compañía que la de un asistente y portando su escaso equipaje en el lomo de una mula. Marcha presuroso hacia el oriente y se va internando en los primeros cordones cordilleranos.

Muy pronto se impone también José Miguel Neira de la cercanía del comandante Freire. Estaba en el secreto del próximo arribo de sus tropas y recibe con alborozo la noticia que a revienta cinchas le ha traído uno de sus hombres. De inmediato se apresta para salir a su encuentro. Reúne a sus secuaces, dándoles orden de prepararse de inmediato para partir. A su manera da una explicación de los sucesos. Las tropas de Freire son una avanzada del poderoso ejército de su amigo San Martín; y él, como coronel, está obligado a acudir en su auxilio.

Los bandoleros, que no desperdician ocasión para nuevas aventuras, se manifiestan conformes desde el primer instante. En pocas horas, están ya todos prestos, montados sobre sus caballos y fuertemente armados. A una orden de Neira parten al galope y avanzan siguiendo la ribera del río Teno. Todos desean alejarse lo más pronto posible del valle central para evitar un encuentro con las tropas realistas, que abundan en la región. La marcha se hace, a veces, lenta por sobre acantilados y quebradas; pero no desperdician llanuras y vegas para galopar. Por fin se encuentran en los primeros faldeos cordilleranos y siguen avanzando.

La montonera de Neira va bajando un repecho para internarse en una amplia llanura. A media ladera se detienen para orientar su marcha y escrutan los bellos horizontes encuadrados por montañas que se extienden en todas direcciones. De pronto uno de los hombres señala un pequeño grupo que avanza en la lejanía. Neira da orden de detenerse y permanecen expectantes por algunos momentos. Poco a poco la visión se va aclarando y es fácil advertir dos jinetes y una mula de carga. Siguen los bandoleros esperando, sin disimular sus malas intenciones ante la posibilidad de un botín inesperado. Los sentimientos patriotas, de los cuales Neira vanamente hace ostentación, ceden una vez más su paso a los instintos vandálicos. ¡El comandante Freire puede esperar, mientras que las buenas ocasiones de un asalto rara vez se vuelven a presentar!

Cuando ya los viajeros están próximos, Neira y sus hombres, galopando cuesta abajo, se dejan caer sobre ellos. Rodeados por los bandoleros no oponen la menor resistencia y el que hace de jefe aduce razones para evitar el asalto. No lleva nada de valor, según informa, y sólo pretende seguir viaje hacia la cordillera.

Como alguien pronuncia el nombre de Neira, el viajero se adelanta hacia él y le dice:

—¡Coronel Neira! Soy un jefe patriota. Me llamo José Manuel Borgoño y Ud. debe conocerme. Voy en busca del comandante Freire.

Indudablemente Neira conoce al valeroso sargento mayor de artillería y sabe que es elemento valioso para la causa patriota; pero finge ignorarlo y permanece impasible ante sus palabras. Se vuelve hacia uno de sus hombres y le dice:

—¡Registren el equipaje!

Prestamente la mula es descargada de sus petacas y se inicia el registro ante la codiciosa mirada de los bandoleros. Es un pobre equipaje sin nada de valor, que llena de decepción a los asaltantes. Pero de pronto, surge una hermosa casaca de vivos colores y galonada de oro. Borgoño

la lleva, como única prenda de uniforme, para incorporarse al ejército de Freire.

José Miguel Neira toma la casaca entre sus manos callosas. La vuelve de un lado hacia otro y la acaricia rudamente. ¡Ah, cómo recuerda la casaca de coronel que San Martín le enviara! ¡Y qué bien luciría con ésta para presentarse ante Freire! La codicia le asoma a los ojos y concibe intenciones siniestras. Con astucia de zorro se vuelve hacia Borgoño y le dice:

—Por el uniforme te conozco. Eres un realista y no te dejaré pasar. ¡Prepárate para morir!

Llama a cuatro bandoleros que tercián carabina y les da orden de fusilar a Borgoño. Se produce un ambiente pesado y todos guardan un tétrico silencio. Cuando los hombres se acercan al jefe patriota, éste se yergue cuál héroe de leyenda y se encara con Neira.

—¡Mire bien lo que hace, coronel Neira, le dice. Deberá responder con su vida de este atentado, pues el comandante Freire me espera. Bien sabe Ud. quien soy. Si quiere mi casaca, puede llevársela; pero no manche con un crimen sus servicios a la patria!

Fulgores de ira despiden los ojos del Sargento Mayor y su voz tonante resuena en los cajones cordilleranos. Los hombres que se habían acercado para cogerlo, se detienen atemorizados y vuelven los ojos hacia su jefe en muda consulta. José Miguel Neira vacila. Limpia el sudor que corre por su rostro, se saca el bonete y revuelve sus greñas, mira hacia uno y otro lado y dice por fin:

—¡Está bien. Puede seguir!

Tuerce riendas y queda dando la espalda a Borgoño; pero pronto se vuelve y le agrega:

—¡Puede llevarse también la casaca!

El ambiente tenso desaparece de inmediato. Borgoño y su asistente arreglan su equipaje para reiniciar el viaje y Neira, con un grito iracundo, ordena a su gente:

—¡Adelante!

Parten los dos grupos por distintos senderos; y aunque llevan el mismo destino, tratan de distanciarse lo más posible uno de otro.

La montonera de José Miguel Neira es acogida cordialmente por el comandante don Ramón Freire. Conversa lamente con el bandolero sobre los últimos sucesos y recibe de él valiosos informes regionales. Nadie como Neira conoce los caminos y senderos para que el ejército pueda avanzar; y nadie está impuesto mejor que él de las tropas que guarnecen villas y poblados.

La columna que comanda Freire es cada vez más numerosa. De Mendoza habían salido doscientos hombres, de los cuales cien eran soldados de línea. Pero cuenta ya con cerca de mil hombres, entre los cuales figuran patriotas perseguidos que habían permanecido ocultos, los guerrilleros de Villota que lograron escapar, campesinos de los contornos y ahora los montoneros de Neira. Con la cooperación eficaz del sargento mayor Borgoño, Freire instruye a sus tropas, preparándose para irrumpir en el valle central.

José Miguel y sus hombres observan curiosos la actividad del campamento. Todo el aparato militar, los toques de diana, los ejercicios, ejercen sobre ellos singular atracción; y se pasean de un lado a otro, conversando con oficiales y soldados. Pero una inquietud empieza a cosquillar en el ánimo de Neira y suele conversar de ello con sus compañeros. No le agrada la disciplina ni el sometimiento a un jefe superior. El triunfo del ejército patriota significará el entronizamiento de nuevas autoridades que habrán de seguir posiblemente la misma ruta de las anteriores. ¿No habría sido más acertado permanecer en los bosques, en los cerrillos, en los caminos reales, como siempre?

Un día Freire tiene noticias de la proximidad de tropas realistas. Sus espías han visto avanzar por la ribera del río Claro un destacamento de cien hombres, entre infantes y

caballeros. Habían llegado hasta la hacienda Cumpeo y estaban acampados en una de sus vegas. De inmediato Freire se apresta para dar un golpe y celebra consejo con sus oficiales.

Cuando Neira sabe la noticia, alza los hombros con un gesto de desdén. ¡Otra vez Cumpeo se cruza en su vida! Sigue curiosamente, desde la distancia, los preparativos de la tropa y no hace ademán alguno para participar en la acción.

El comandante Freire lo hace llamar de pronto. Quiere informaciones sobre la mejor manera de llegar a las vegas de Cumpeo y Neira se las da amplias. Es menester bajar por estrechas quebradas y desfiladeros, difíciles para la infantería y realmente impracticables para los caballos.

—Sólo con mulas podría bajar, mi comandante, le dice.

Freire sin vacilar se decide a bajar con la infantería. Sólo ochenta infantes ha traído de Mendoza; pero pide voluntarios de entre los hombres que se le han agregado y obtiene así la cooperación de muchos. Invita a Neira para que lo acompañe en el ataque; pero el bandolero tuerce la boca y le dice con desgano.

—Yo no sirvo pa pelear a pie, mi comandante. Sin mi caballo, soy como pato fuera de la laguna. . .

Se aleja Neira sin decir más. Sus palabras parecen confirmarse mientras avanza con pesado andar, zangoloteándose a uno y otro lado sobre sus piernas cortas y arqueadas.

Con sus infantes armados con carabinas, fusiles y tercerolas, Freire partió hacia el enemigo durante la noche. La marcha es difícil y arriesgada; pero a fuerza de prudencia logran hacerla con éxito. Al amanecer avistan al destacamento realista que reposa descuidadamente en su campamento. Se da la orden de ataque y los hombres corren sin vacilación.

Con suma rapidez los realistas alcanzan a organizarse y resisten el ataque desesperadamente. Entre los asaltantes caen dos muertos y tres heridos; pero siguen atacando valerosamente. Pronto los realistas empiezan a ceder y ven

caer sin vida a dieciocho de sus hombres. La desmoralización los invade y van cediendo cada vez, mientras los patriotas con orden y pericia los van envolviendo. Antes de media hora, los realistas ceden por entero el campo y huyen a la desbandada en diversas direcciones. La batalla no ha durado más de media hora y han quedado en poder de los patriotas cerca de veinte prisioneros realistas.

Al regresar Freire a su campamento un extraordinario entusiasmo cunde entre los hombres. Pero José Miguel Neira permanece indiferente. Aquellos combates sin botín no tienen para él importancia alguna. Carecen de sentido y son incomprensibles para su mente de criminal.

Ante el entusiasmo de la victoria muchos, y entre ellos el mismo Freire, desean avanzar de inmediato sobre Talca; pero la cordura se impone y se acuerda permanecer acampados en espera de los acontecimientos.

Entre los realistas, la escaramuza de Cumpeo produce intensa alarma y se piensa en la presencia de un fuerte destacamento del ejército de Mendoza. Aquellas tropas regulares, bien organizadas y equipadas que habían atacado en Cumpeo, eran, bien diversas de las desparramadas partidas de montoneros con que hasta entonces habían tenido que enfrentarse.

Alarmistas comunicaciones a las autoridades de Santiago se suceden unas a otras. Se concentran y organizan tropas en la región; pero nadie se atreve a incursionar en los faldeos cordilleranos en donde Freire se encuentra. Sin ser molestado puede, así, permanecer en su campamento durante varios días.

El ejército libertador viene avanzando por diversos frentes. Los acontecimientos se precipitan y a fin de resguardar la capital del Reino se da orden de replegarse a las tropas acantonadas en la zona central. Húsares de Abascal, Dragones de la Frontera, Carabineros de la Concordia, infantes y caballería, empiezan a abandonar las villas y campos, dejando desguarnecido un extenso sector.

Es el momento que Freire espera. Primero destaca algunos hombres para hostilizar a las tropas realistas que se retiran; y luego, con el total de su tropa, marcha en dirección hacia el sur para ocupar la ciudad de Talca.

En la zona desguarnecida el entusiasmo patriótico cunde rápidamente. El 11 de febrero la población de Curicó recibe alborozada al patriota don Isidoro de la Peña, que penetra en la villa al frente de una partida de hombres armados. Se depone al jefe realista don Juan de Dios Macaya y se le reemplaza por el propio señor De la Peña. El alcalde realista don José María Arangua es también depuesto y reemplazado por don Juan Garcés. El mismo día, la ciudad de Talca realiza algo semejante. Ante la huída del jefe realista don Vicente Cruz y Burgos, se nombra gobernador a don Pedro Donoso Arcaya, luego de una numerosa asamblea en la sala del Cabildo.

Los acontecimientos siguen avanzando. El 11 de febrero el comandante don Ramón Freire, al frente de sus tropas, entre las cuales continúan José Miguel Neira y sus montoneros, está frente a Talca, disponiéndose a penetrar en ella. Y el 12 de febrero, Manuel Rodríguez ocupa la villa de San Fernando, mientras en Chacabuco se libra la batalla decisiva, que habrá de dar el triunfo a los patriotas.

La entrada del comandante Freire se realiza en Talca triunfalmente. La ciudad vive instantes de gran entusiasmo y agitación. Acostumbrada a la serena modorra colonial había sufrido dolorosamente la represión de la Reconquista y sólo desde ese día se había dado autoridades patriotas. Vibra de alegría, como quien ha recuperado un bien largamente perdido.

El comandante Freire, radiante, joven, con prestancia de héroe, penetra por las avenidas que desembocan en el camino de la Frontera. Avanza luego por las callejas de la ciudad y tuerce riendas hacia la Plaza de Armas en demanda del edificio del Cabildo.

Infantes y caballeros marchan lentamente en medio del sofocante calor veraniego. Sobre las calles se extiende un polvo espeso y abundante, que hace piafar a las cabalgaduras. Pero sólo se ven entre los hombres rostros satisfechos y alegres.

Los habitantes de la ciudad, libres ya de los pesados días de opresión, saludan el paso de las tropas; y tras los enrejados de las ventanas se agitan cordiales manos femeninas.

Confundido entre los soldados marcha José Miguel Neira. Cubierto con ligeras vestiduras huasas, sostiene doblado sobre la montura su chamanto colorido. El sudor le corre por el rostro sucio y polvoriento, mientras su caballo, nervioso por el espectáculo, se encabrita y se atraviesa sobre la calle. Sus hombres lo rodean y aunque muestran rostro satisfecho no pueden disimular la inquietud que los domina al sentirse encajonados entre los muros de las angostas calles.

El comandante Freire desmonta frente al Cabildo en el costado oriente de la Plaza y es recibido con aplausos por el Gobernador don Pedro Donoso y por los demás destacados patriotas talquinos. La tropa permanece en la Plaza entregada al descanso. Mientras los hombres con la espalda apoyada en los árboles o en los muros laterales, fuman y charlan, los caballos ramonean las escasas yerbas de los contornos.

Freire cambia ideas con los patriotas en la sala del Cabildo y decide permanecer acantonado en Talca y acordar con sus hombres el río Maule, a fin de evitar la huída de realistas a la provincia de Concepción.

Mientras la tropa de línea es hospedada en lugares públicos, los montoneros y voluntarios se dispersan o buscan hospedaje en casas del vecindario. La tranquila ciudad colonial debe vivir así días de intenso movimiento.

José Miguel Neira vive durante algunos días una existencia singular. Nimbado por los servicios prestados a la patria parecen olvidadas sus fechorías y se pasea por las calles de Talca sin despertar otra cosa que simpatía. Casi parece un héroe, y rodeado de amigos y admiradores, penetra a los bodegones ofreciendo a sus expensas grandes jarras de vino.

Se ha hospedado en casa de un herrero amigo en el sector poniente de la ciudad, mientras sus hombres, deseosos de permanecer al aire libre, han acampado en terrenos baldíos de los contornos. El herrero se siente orgulloso de su huésped y no se cansa de relatar proezas suyas, reales o imaginarias, mientras golpea el yunque instalado en plena calle. Contribuye, así, a aumentar la fama del bandolero que cada vez más se va convirtiendo en héroe, en hombre de bien.

Pero Neira termina por cansarse de esta vida; y sus hombres lo apremian cada vez más por la inactividad en que permanecen. Reinician, así, la carrera de fechorías. Los robos a mano armada en las inmediaciones de Talca, los asaltos a viajeros, los abigeatos, las violaciones de mujeres, empiezan a alarmar al vecindario; y aunque Neira y los suyos tratan de conservar las apariencias de hombres pacíficos, va cundiendo el rumor que los sindicaba como autores de tales desmanes.

Freire y las autoridades locales se alarman frente a estos hechos y se deciden a ponerles fin. Es necesario mantener el orden y la disciplina; organizar y normalizar la vida; hacer que la nueva República pueda encauzarse en normas de garantía y seguridad.

Con la firma del comandante Freire fue dictado un enérgico bando orientado hacia tales propósitos. Se sancionaba en él con la pena de muerte todo salteo, homicidio, robo o violencia, sin apelación. Los atropellos contra las personas y las propiedades quedaban así expresamente proscritos y duramente castigados.

Se pensó con esto poner término a las tropelías de los bandoleros; y para mayor publicidad fue promulgado en las calles en la forma tradicional.

Varios piquetes de soldados, al son de cajas, recorren la Plaza y las callejuelas de Talca e incluso las goteras de la ciudad. Cada cierto trecho se detienen obedeciendo a una fuerte voz de mando; y el jefe del piquete, desenrollando un grueso pliego, da lectura al bando con grandes voces. Luego parten de nuevo, siguiendo el monocorde compás de las cajas. Una columna de muchachos y de vagos va siguiendo a la tropa, dando así mayor colorido y expectación a la ceremonia.

El vecindario talquino, alarmado ya por los desmanes, recibe el bando con satisfacción. Los hombres escuchan en silencio su lectura sin perder una palabra y luego se alejan para transmitir su contenido a otras personas.

José Miguel Neira, acompañado de dos de sus hombres, escucha en una esquina la lectura del bando. Apoyado en el pilar de una casa frontera, sigue sus palabras una a una, con creciente atención. A medida que se impone de su contenido, hace con la boca gestos de desagrado y cambia con sus secuaces miradas significativas. ¡Con que las autoridades patriotas prohíben ahora los salteos! ¿Y para qué se hizo entonces la guerra? ¿No pueden dejarle a él camino libre para resarcirse de los perjuicios y para pagar los servicios prestados a la Patria? Vuela su pensamiento mientras se desarrolla la ceremonia; y poco a poco un tremendo furor se va apoderando de él.

Cuando la patrulla se aleja, José Miguel Neira se deshace en improperios, que el público escucha sorprendido. Las autoridades, según él, traicionan a los que sirvieron a la patria, pues debe permitirse que se siga atacando a los realistas emboscados y a los ricos avarientos y cobardes que no ayudaron a la revolución. Con la astucia de siempre, soslaya el problema y quiere a la vez justificarse y dejar una puerta abierta, bajo la sombra protectora de las ideas patriotas.

Luego de desahogar su ira, Neira se aleja con sus hombres y tras de andar algunos pasos, desaparece en una esquina.

José Miguel Neira sintió, sin duda, en estos momentos, un enorme vacío. Ha debido vagar por algunas callejuelas, con gesto enfurruñado, para penetrar después en cualquier bodegón. Sentado allí en un taburete, ante un cántaro de vino, ha debido decirse a sí mismo ¿y ahora qué? Si las autoridades patriotas prohíben asaltos y merodeos, si lo amenazan con la muerte ¿cuál será su destino en los días venideros? ¿Deberá nuevamente, como en tiempos de los realistas, volver a sus escondrijos y vivir acosado y perseguido, ahora que es coronel de milicias y amigo de los triunfadores y del nuevo gobierno? Su mente se embrolla, y el pensamiento se le hace cada vez más confuso. Está, sin duda, en un momento crucial de su existencia.

Evocándolo ahora en este instante hipotético, después de más de un siglo, la historia y la biología encuentran en él un amplio campo de observaciones.

No poseemos antecedentes fidedignos sobre su aspecto físico. Pero algunos de sus rasgos más característicos podemos colegirlos de su extracción social, del ambiente regional en que nació y vivió, de su naturaleza racial y de la ruta seguida en su tormentosa existencia. Podemos imaginarlo bajo, rechoncho, nervudo, sostenido por cortas y arqueadas piernas. Su rostro ha debido ser de subido color moreno, cubierto por una barba rala y sebosa, con rasgos duros, hieráticos... Sobre su cabeza, unas greñas negras, desordenadas e indómitas; y, transparentando apenas su vida interior, unos ojillos oscuros, oblicuos, con sedimentos mongólicos. El puntudo bonete maulino sobre su cabeza, el chamanto colorido doblado sobre el hombro y las espuelas huasas de grandes y tintineantes rodajas sobre el alto taco, han debido dar un marco armónico a su textura.

Psicológicamente y biológicamente, José Miguel Neira era un resentido; y como tal actuó en todas las etapas de su existencia. Fue resentido con su hogar, con la región en la cual nació y actuó, con sus patrones, con las autoridades realistas, con los patriotas. Su resentimiento tuvo, así, fuentes permanentes de sustentación. Se le infiltró de niño, con la crueldad y maltrato de sus padres, de patrones y de mayordomos; y fue alimentado después por la persecución de las autoridades realistas y por la actitud, para él ingrata, de los jefes patriotas.

Todo resentido mantiene en el fondo de su espíritu la huella imborrable de los golpes recibidos; y el sentimiento así formado le señala rumbos en todas las circunstancias de la vida. Así Neira, con soberana indiferencia, abandonó sus lares cuando niño; fue implacable perseguidor de quienes le recordaban antiguas opresiones; y jamás pudo soportar a nadie colocado sobre él o dándole órdenes. Obró en consecuencia y dirigió su furia vengadora o "revanchista", no sobre ésta o aquella persona o situación determinada sino contra todo el ambiente que en las sucesivas etapas de su vida lo rodeó. El asesinato del mayordomo de Cumpeo, la dominación que durante algunos días ejerció en esa zona, su actitud rebelde frente a su maestro "El Cenizo" y luego frente a los patriotas, son expresiones típicas de su resentimiento.

Tenía, en seguida, los rasgos inherentes al mestizo de primeras o segundas aguas de aquellos tiempos.

Dentro de él bullían y rebullían sangres, tendencias y sentimientos raciales de la más diversa naturaleza, que le embrollaban el espíritu. Por la sangre de indio que corrió copiosa por sus venas, sintió odio invencible contra toda disciplina y organización; huyó del trabajo permanente y buscó su sustento en el pillaje; no se sujetó ni al yugo de la mujer; y fue codicioso, astuto, incomprensible. Por la poca sangre blanca que también llevó, fue soberbio y altivo; quiso dominar como conquistador en todas partes; y lo animó una brutal indiferencia frente al sufrimiento de

miserables víctimas. Todo esto, en una mezcla confusa y contradictoria, que lo llevaba a actuar en un sentido o en otro, según cual fuera la sangre que predominara. ¿No atacó con odio de indio a los poderosos y a los ricos? ¿Y no fue, a veces, sanguinario implacable, mirando de arriba hacia abajo, con la gente humilde?

La crueldad fue otro de los sentimientos infiltrados en su naturaleza. José Miguel Neira fue un hombre cruel, por su formación y por su ambiente. No se amilanó jamás ante el dolor ajeno; asesinó a sangre fría, a veces sin necesidad; violó y sedujo mujeres, abandonándolas después sin el menor escrúpulo; y todo ello dentro del más tremendo desparpajo y despreocupación.

Tenía también sed de independencia y de mando. Este sentimiento lo hizo apartarse del Cenizo, abandonándolo en su invalidez, para organizar banda propia en la cual pudiera imperar como un rey. Entremezclándose y confundiendo con lo anterior, lo dominaban igualmente la ambición y la ostentación. José Miguel Neira era ambicioso y ostentoso. Lo seducía el aparato militar; amaba los uniformes coloridos, los galones y las armas vistosas. Su gesto al no separarse nunca de la casaca que San Martín le obsequiara y su intento de asesinar al sargento mayor Borgoño para arrebatárle la suya, diseñan bien claramente en él tales tendencias. Y la actitud magnífica que asume con los milicianos derrotados en Quilvo, arrojándoles puñados de dinero, como un gran señor, es también característica. "No se metan con Neira, niños", les agrega, como para reafirmar su superioridad y su magnificencia.

Con mayor educación y con mejor ambiente, José Miguel Neira, encaramándose peldaño tras peldaño, hubiera acaso encarnado alguno de aquellos tiranuelos clásicos o alguno de esos tragicómicos caudillejos políticos. Podría, así, haber torcido el curso de la historia de Chile.

Pero su oscuro origen, su falta de educación y acaso de inteligencia, le señalaron otro destino y no pasó de ser

el bandolero feroz y sanguinario, confusamente veteado, a veces, con débiles propósitos de prestar servicios a una causa.

Don Ramón Freire lo hace llamar poco después. Hasta él han llegado los rumores de su resistencia y rebeldía y quiere repetirle de viva voz lo que ya dijera el bando publicado. Sabe que para Neira nada significan las órdenes generales si, a la vez, no le son conminadas directamente; y que en cualquier momento fingirá ignorar las determinaciones del nuevo gobierno.

José Miguel Neira concurre al llamado sin dificultades. Montado en hermosa cabalgadura chilena atraviesa lentamente las calles de Talca y se detiene en la Plaza de Armas. Desmonta pesadamente y ata el caballo a un espino. Luego penetra por el ancho zaguán del edificio del Cabildo, saludando a los soldados de guardia que le franquean el paso. Lleva las espuelas puestas y, al arrastrarse por el empedrado, van haciendo un rudo sonido metálico.

Don Ramón Freire lo recibe a los pocos momentos en su despacho. Lo saluda con cordialidad y lo invita a sentarse, mientras él de pie, se pasea por la extensa sala enladrillada.

Deteniéndose frente a Neira, Freire le dice sin preámbulos las primeras palabras:

—Coronel Neira, los tiempos han cambiado ahora definitivamente. Tenemos que afianzar el orden y dar confianza a los habitantes del país. Ya no son necesarias las guerrillas ni las escaramuzas de su gente...

Neira lo mira con expresión indefinida mientras habla. De pronto lo interrumpe, dando vueltas entre las manos su bonete maulino.

—Hay mucha gente abusadora todavía, mi comandante. No podemos dejarla así no más y pa eso está Neira y sus hombres.

—Ud. ha prestado valiosos servicios a la Patria, le contesta Freire. No los empañe. Tengo muchas quejas de Ud. y hasta aquí me he desentendido de ellas. Pero en adelante todo será distinto y tendré que proceder con energía. El bando publicado es bien claro y se aplicará la pena de muerte a quien incurra en cualquiera violencia. Solamente yo puedo ordenar las acciones que sea necesario ejecutar.

La entrevista se prolonga durante largo rato. Neira se exalta, arroja al suelo su sombrero, levanta las manos con los puños apretados; pero Freire se mantiene inflexible.

—Ya lo sabe, coronel Neira, le dice como despedida. Si hay un nuevo salteo, el Consejo de Guerra será inexorable. Ni yo mismo podría salvarlo aunque quisiera hacerlo.

Neira se levanta. Se queda unos instantes mirando a Freire, alza los hombros y esbozando una sonrisa amarga le dice con voz gangosa:

—José Miguel Neira no puede vivir sin saltar.

Tal, la frase acerada que la tradición ha conservado.

Luego el bandolero abandona el edificio del Cabildo y monta de nuevo en su cabalgadura. Con la rienda suelta y el gesto hosco se va perdiendo por las callejuelas.

Desde ese día José Miguel Neira se entregó a la bebida. Acompañado de uno o dos de sus hombres más fieles bebe desde la mañana en bodegones y chinganas. Da órdenes rudamente y vuelca mesas y sillas cuando no es atendido con presteza. Los desórdenes se suceden por su causa en uno y otro de los barrios apartados de la ciudad; y su presencia es ya recibida con desagrado y con temor.

Su estado permanente de semiembriaguez lo hace vivir como en éxtasis, semiinconsciente; pero no abandona su talante hosco ni sus arrebatos de ira.

En vano su amigo el herrero, en cuya casa continúa hospedado y a la cual sólo llega de vez en cuando, trata de

inducirlo a cambiar de camino. Neira ríe y palmorea al herrero con rudeza.

—No se meta amigo en las cosas de Neira, le dice.

Sus compañeros van poco a poco abandonándolo, hastiados de esa vida sin objeto que transcurre entre juergas y borracheras. Desean actuar como antes y se alejan de Talca para merodear en los campos vecinos. Sólo cuatro o cinco permanecen con él en esos instantes y lo siguen a todas partes.

A su vez el comandante Freire, preocupado por las palabras de Neira, ha dado orden de vigilarlo. Dos soldados, con hábil disimulo, lo siguen a la distancia a todas partes. Ocultos tras las esquinas o en los árboles del camino, esperan pacientemente mientras Neira y sus hombres se emborrachan y salen luego tras ellos; pero terminan por tranquilizarse, convencidos de que Neira sólo desea jolgorios, y la vigilancia se relaja.

Sin embargo, en el trasfondo del bandolero algo se está tramando. A menudo sus hombres lo observan en actitud reconcentrada, acodado en una mesa y con la mirada perdida. A veces les ha dicho con voz susurrante y apenas audible:

—Una de estas noches vamos a hacer una grande.

Y sigue la misma vida disoluta, mientras sus vigilantes, cada vez más relajados, entretienen las largas esperas bebiendo a su vez en las vecindades.

Un atardecer, José Miguel Neira, siempre en el mismo estado de semiembriaguez y marchando como entre nubes, sale al frente de sus hombres en dirección hacia el oriente. Armados como siempre, con las barbas crecidas y sudorosos por el intenso calor reinante, forman un siniestro conjunto. No son más de cuatro o cinco y se desparrraman a lo ancho de todo el camino real.

Se detienen ante la vara topeadora de un miserable rancho de carrizo en plena campiña, en las afueras de la ciudad. Desmontan en medio del ruido de espuelas y atan en la vara sus cabalgaduras. Como la puerta está entreabierta, la empujan sin contemplaciones y penetran brutalmente al interior del rancho.

Sólo tres pobres mujeres viven allí: una vieja y sus dos hijas. Las jóvenes saben cantar en la vihuela y atraen a los campesinos con su ruda gracia de mujeres sanas. A menudo hay allí jolgorios y venta de vino, que se prolongan hasta altas horas de la madrugada. José Miguel Neira las conoce de largo tiempo atrás y las muchachas han encendido sus brutales apetitos; pero no había tenido ocasión hasta entonces de llegar hasta ellas y se había limitado a saludarlas al pasar por el camino.

Cuando los bandoleros penetran al rancho, llenándolo con el hedor de sus cuerpos sudorosos, las mujeres tienen un gesto de sorpresa y llevan sus manos a la boca, como queriendo contener los gritos de terror que pugnan por salir. Han reconocido desde el primer instante a José Miguel Neira y a sus hombres, cuya siniestra fama llena la comarca. Saben ya la vida disoluta que lleva en los últimos días y ante su presencia, indefensas y solas, sienten que una tremenda angustia las invade.

José Miguel Neira, sin atender al terror de las pobres mujeres, las palmorea ruidosamente y pide de beber. Sus hombres se sientan en pequeñas sillas de batro y en "pisos", con las piernas estiradas, en espera de la bebida. Pronto están todos bebiendo y una ruidosa alegría los va invadiendo.

Las muchachas han sido obligadas a cantar. Tañendo la vihuela con manos temblorosas, entonan una tras otra, "canciones" de ritmos rudos y primitivos. Los hombres las observan con malsanas miradas mientras siguen bebiendo. La vieja entretanto, dominada por el pánico, musita oraciones ante una imagen, en el rincón más oscuro del rancho.

Los humos del alcohol van encendiendo los instintos de los hombres. Neira se ha levantado de su asiento y dirigiéndose a una de las cantoras le ha arrebatado la vihuela, arrojándola hacia un lado. Brutalmente trata de atraer hacia sí a la muchacha; pero ésta se resiste y un grito de terror escapa de sus labios. Otro de los hombres sigue su ejemplo y con pasos felinos se dirige hacia la otra muchacha. Los demás observan la escena en medio de brutales risas. Ya llegará su turno.

Mientras tanto, los hombres destacados por Freire para la vigilancia de Neira se percatan de su ausencia. Distráidos, como de costumbre, no lo vieron salir y cuando quisieron controlar sus pasos, husmeando en los alrededores, ya había desaparecido con sus secuaces. Desatando lenguas entre el vecindario y apremiando al herrero, pudieron conocer el rumbo seguido por los bandoleros. Lo siguieron de inmediato, haciendo indagaciones en los ranchos vecinos. Sólo a medias lenguas algunas personas dan vagos informes y las más guardan temeroso silencio. Siguiendo en tal forma el rastro, los soldados avanzan por el camino dificultosamente. La obscuridad es ya completa y ellos van a pie, habituados ya a vigilar a Neira sólo en la ciudad o en los sitios más cercanos.

A la luz difusa que se filtra por las rendijas del rancho donde los bandoleros se encuentran, los soldados alcanzan a ver los caballos atados en la vara topeadora. Los reconocen de inmediato y se detienen un tanto tranquilizados. De pronto ven que Neira y sus hombres salen precipitadamente del interior del rancho, montan sin demora y parten al galope.

La sospecha y la curiosidad impulsan a los soldados y apenas los bandidos desaparecen, penetran al rancho. El espectáculo que se ofrece a sus ojos es indescriptible. La anciana, derribada, sin duda, por un golpe, yacía sin sentido en un rincón del rancho; y las dos muchachas, con las vestiduras desgarradas, sollozaban convulsivamente y semi-inconscientes en el piso de la habitación. El desorden era

completo; sillas destrozadas se veían por doquier; vasijas quebradas; vino mal oliente, escurriéndose de jarras tum-
badas.

Auxilian de inmediato a las mujeres y poco a poco se van imponiendo del atentado. Los bandoleros, sin la menor misericordia han violado brutalmente a las mujeres jóvenes; han destrozado todo cuanto han podido; y se han llevado el escaso dinero que guardaban y los pocos objetos de algún valor¹⁴.

Sin perder más tiempo, los soldados se alejan del rancho y parten hacia Talca corriendo con la mayor rapidez que les es posible a fin de dar parte de lo ocurrido.

A pesar de la hora avanzada, el comandante Freire es impuesto en la misma noche del suceso. Siéntese, sin duda, consternado y preocupado, pues le será menester actuar con energía, desentendiéndose de encontrados sentimientos que lo inclinan en favor de Neira.

Aquella misma noche parte al galope un piquete de caballería en persecución de los bandoleros. Los vecinos de Talca se sienten preocupados y curiosos, al sentir a esas horas el ruido de los cascos en medio del silencio de las callejuelas; y se quedan haciendo mil conjeturas.

El piquete abandona la ciudad y galopa por el camino real hacia el poniente. Llevan de Freire instrucciones enérgicas y deberán traer a Neira vivo o muerto.

Los bandoleros, entre tanto, semibeodos y fatigados, han hecho una marcha lenta en dirección hacia los faldeos cordilleranos y sin apartarse de los caminos reales. Recién está amaneciendo cuando los soldados los avistan trepando por una pequeña ladera. Parten hacia ellos en derecha y dan gritos conminando a Neira a detenerse.

La resistencia que tratan de oponer los bandoleros es débil y desorganizada. José Miguel Neira, contra quien se

¹⁴ "Había asaltado la casa de unas pobres mujeres en los suburbios de la ciudad, estropeado a éstas y robádose los pocos objetos de algún valor que poseían." (Barros Arana. Historia General de Chile, tomo 11, pág. 36.)

dirige principalmente el ataque del piquete, es pronto desarmado y dominado; pero en medio del tumulto los demás bandidos, con un repunte de su antigua habilidad, logran escapar al galope, internándose por un angosto sendero.

El jefe del piquete, satisfecho ya con la prisión de Neira, se limita a encogerse de hombros frente a la escapada de los demás.

—Basta con Neira, dice. Los demás, sin su jefe que los guíe, desaparecerán pronto o irán cayendo poco a poco.

Emprenden ahora el regreso hacia Talca. José Miguel Neira va atado ignominiosamente, sobre un caballo sin bridas que uno de los soldados dirige con un lazo. Lleva el semblante enfurruñado y en sus ojos brillan sombríos destellos de ira y de odio; pero no pronuncia una sola palabra en todo el trayecto.

La entrada a la ciudad se hace en medio de la mayor expectación. Ya la noticia de la persecución ha corrido por entre el vecindario y se ha estado esperando, de un momento a otro, la entrada del bandido. Neira no mira a nadie. Con gesto altanero, lleva los ojos puestos en la lejanía y parece embebido en sus pensamientos. ¡Qué distinta esta ignominiosa entrada a la ciudad de Talca, preso, vencido y amarrado, de aquella triunfal que hiciera con Ramón Freire muy poco antes! Los pensamientos han debido dar vueltas y más vueltas en la mente del bandido. ¡De qué le han valido sus servicios a la Patria! ¡Qué vale su grado de coronel de milicias, si un comandante le puede dar órdenes y si cualquier jefecillo ha podido perseguirlo y apresarle! Piensa y piensa José Miguel Neira, mientras avanza en dirección a la Cárcel.

Don Ramón Freire se muestra inexorable, pese a los pedidos de clemencia que de distintos sectores se le hacen. Piensa que cualquier debilidad ha de ser fatal para el definitivo establecimiento del orden público y que es menester dejar que la justicia siga su curso.

El Consejo de Guerra se constituye de inmediato para el juzgamiento del bandido. Las deliberaciones son cortas

y Neira se manifiesta altanero y rudo, sin el menor desmayo.

Como era de esperarlo, José Miguel Neira fue condenado a muerte. De nada le valieron los servicios prestados a la causa patriota, ni su amistad con San Martín y con otros jefes, ni su grado de coronel. Sus fechorías inicuas ahogaron en sangre al aspecto positivo de su vida y lo hicieron desaparecer ante el juicio de sus contemporáneos.

Neira recibió la noticia con desprecio inaudito. Nada revelaron sus ojos ni su rostro; y luego de notificado volvió a su celda dispuesto a afrontar el destino.

Los preparativos del fusilamiento se hicieron con presteza y casi en secreto. En el último momento intervino el párroco de Talca, pidiendo clemencia; pero todo fue en vano.

Frente al pelotón de fusileros, y antes de que se le vendara la vista, Neira paseó por los concurrentes su sombría mirada. Fue el último destello de su odio y de su resentimiento.

Acribillado por las balas, cayó pesadamente en medio de un charco de sangre¹⁵.

¹⁵ El mismo día, o en los días inmediatos, fueron también fusilados en Talca los bandoleros Sebastián Gacitúa, Eugenio Mondaca y Pedro Rojas, que habían participado en el último saqueo y habían sido aprehendidos poco después que lo fuera Neira. Posteriormente el gobernador de Talca general Luis de la Cruz, hizo fusilar a varios neirinos; y otros fueron también fusilados en años posteriores.

XII

EL VIRIATO CHILENO

El recuerdo de Neira se pierde bien pronto entre sus contemporáneos. Encauzada la República en su independencia definitiva germinan en ella, inevitablemente, las pasiones, las odiosidades, las disensiones. Los hombres que forjaron la independencia se escarnecen unos a otros, olvidándose y desconociéndose muchos valiosos servicios y sacrificios de hombres ilustres. Con mayor razón los hechos de Neira en servicio de la Patria, empañados por su vida de bandolero, habrían de sepultarse en el olvido.

Pero los años corren. Sentimientos románticos y reivindicacionistas, empiezan a surgir por doquier; y hay quienes desentierran del pasado heroísmos, sacrificios y esfuerzos, para exponerlos a la consideración pública nimbados por los ribetes de la gloria.

Don José Miguel Infante inicia en 1827 la publicación de un singular periódico que llama "El Valdiviano Federal", que durante varios años se mantiene, defendiendo sus doctrinas políticas y haciendo emotivos recuerdos de quienes lucharon por la independencia nacional¹⁶.

¹⁶ "El Valdiviano Federal". *Agrícola spectat fructum ser otinum.* (Se publica los días 1º y 15 de cada mes. Se hallará en los puntos acostumbrados y en la esquina de D. Juan Chaparro, de San Agustín una cuadra para la Alameda.)

En el N° 76, de 13 de febrero de 1834, se refiere a Neira con significativas expresiones, pidiendo explicaciones sobre su fusilamiento.

“Este chileno, dice, fue fusilado en el año 1817 como reo de grandes crímenes de los que el público sólo tuvo noticias vagas. Se dijo que su ejecución la decretó el señor Freire, luego que ingresó al país por la parte del sud a la cabeza de una división del ejército libertador. Probablemente Neira fue incorporado en ella, más para tener dato seguro convendría que el señor Freire informase al público de lo cierto como también si el decreto de ejecución lo libró de orden de los jefes superiores, o por sí propio, y cuáles fueron las causas. El público tiene un derecho para que se le noticie de los grandes crímenes y especialmente cuando se perpetran por hombres que han llamado sobre sí la atención pública. Neira fue de este número, y si él cometió crímenes, se sabe que también cooperó a la causa de la libertad de un modo extraordinario y tanto más admirable cuanto que fue un hombre sin relaciones, sin bienes de fortuna ni educación alguna. Desnudo de todos estos prestigios afrontó a un enemigo, pacífico poseedor del país, y le hostigó con una audacia y valor sin ejemplo. Durante los gobiernos de Osorio y Marcó, Neira fue el terror de los tiranos, él burló siempre sus pesquisas, aun cuando se hallaba en medio de ellos, y les hizo todo el mal posible, obligándolos a ofrecer grandes premios por su cabeza. El crédito que adquirió de valor, indujo al general San Martín a dirigirle desde Mendoza pocos meses antes de la restauración de Chile una carta, que vimos con placer, empeñándole a que continuase hostilizando a los tiranos. Neira, en el corto período de sus empresas, manifestó ya el carácter y cualidades de un VIRIATO, asemejándose hasta en el desgraciado fin de su existencia. Neira habría quizá honrado a su patria con el correctivo de una buena educación; pero regularmente les contraría la suerte a los genios más distinguidos en pueblos embrutecidos por la tiranía y la su-

perstición. Si adquiriésemos nuevos datos de este hombre, volveremos a ocuparnos de él: como se castigaron sus crímenes, es necesario que una justa gratitud reconozca sus servicios en favor de la causa de la libertad”¹⁷.

Tales las encendidas palabras de don José Miguel Infante. Neira, bandido y guerrillero, revestido con aureola de héroe, fue para él un Viriato chileno.

No tuvieron las palabras de Infante, como tampoco las de escritores e historiadores posteriores, ninguna trascendencia. Ni el propio general Freire, a la sazón desterrado en el Perú, reaccionó frente a ellas y guardó total silencio.

La figura de Neira, descarnada por el inexorable juicio de los años, está ya, desde entonces, aquietada en sus verdaderos contornos.

¹⁷ Posteriormente, otros escritores e historiadores, se refirieron también a Neira en emotivos términos. Don Diego Barros Arana, en 1890 (Historia General de Chile, t. 11) le dedica varios párrafos; y en uno de ellos dice: “¡Suerte infeliz y deplorable de un hombre que había conseguido hacer olvidar en parte sus malos antecedentes con los servicios prestados a la revolución, y que habría logrado tal vez rehabilitarse si hubiera tenido fuerza de voluntad para sobreponerse al dominio de sus malas pasiones!”. Comentando estas palabras un crítico (Pedro N. Cruz) dijo irónicamente que era esta la única ocasión en que don Diego se había emocionado. Alberto Blest Gana, en 1896 (“Durante la Reconquista”), expresa de él: “Sus salteos, sus devastaciones, tenían un sello de superioridad sobre las fechorías oscuras de sus rivales. Como el cobre vil su carácter inflexible tenía una mezcla de oro: la del sentimiento patriota.”

BIBLIOGRAFIA

- Barros Arana, Diego.— Historia General de Chile.— Tomos 10 y 11.— 1889 y 1890.
- Blest Gana, Alberto.— Durante la Reconquista.— 1896.
- Guevara, Tomás.— Historia de Curicó.— 1890.
- Latcham, Ricardo A.— Vida de Manuel Rodríguez, el Guerrillero.— 1932.
- Latorre, Mariano.— Neira (Revista Zig Zag).
- León Echaiz, René.— Historia de Curicó. La Era Colonial.— 1951.
- León Echaiz, René.— Francisco Villota.— El Guerrillero Olvidado.— 1964.
- Opazo Maturana, Gustavo.— Historia de Talca.— 1942.
- Vicuña Mackenna, Benjamín.— Historia Crítica y Social de la ciudad de Santiago.— 1926.
- Vicuña Mackenna, Benjamín.— Anotaciones inéditas sobre Neira y los neirinos. (Copia proporcionada por don Ricardo Donoso).
- Zañartu, Sady.— Santiago, calles viejas.— 1934.
- Viva el Rey.— Gaceta del Gobierno de Chile. 1817.—
El Valdiviano Federal.— 1834.
Revista Chilena de Historia y Geografía.—
Documentos varios.

Ricardo Boizard:
PICOTAZOS DE PICOTON.
Tito Mundt:
MEMORIAS DE UN REPORTER.
Tomás Moulian:
ESTUDIO SOBRE CHILE.
Raúl Morales Alvarez:
SOLDADO DE FORTUNA.
María Elena Gertner:
DESPUES DEL DESIERTO.
Abel Valdés:
25 AÑOS EN CRONICAS.
Carmen Abalos:
EXILIO 65.
Luis Toro Ramallo:
ORO DEL INCA (2.a ed.).
Diego Barros Ortiz:
LA CORTINA DE BAMBU (3.a ed.).
Jorge Alvear:
ALLA EN LA PAMPA.
Sergio Briceño Werner:
24 HORAS EN LA CIUDAD (2.a ed.).
Francisco Coloane:
CABO DE HORNOS (9.a ed.).
EL ULTIMO GRUMETE DE LA
BAQUEDANO (11.a ed.).
Luis Weinstein:
EL NIÑO, LA MIRADA Y EL OTRO.
Reinaldo Lomboy:
PUERTO DEL HAMBRE (2.a ed.).
Oscar Jara Azócar:
MIS MEJORES VERSOS PARA
NIÑOS.
Manuel G. Balbontín M. y
Javier Rodríguez Lefebre:
EL CUENTO FEMENINO CHILENO.
Tito Mundt:
LAS BANDERAS OLVIDADAS (2.a
edición).
Manuel G. Balbontín M.:
EPOPEYA DE LOS HUSARES (2.a
edición).
René León Echaiz:
FRANCISCO VILLOTA.
Hernán Troncoso Rojas:
GOBIERNO POPULAR Y
PARTICIPACION POPULAR.
Andrés Sabella:
NORTE GRANDE (2.a ed.).

EDITORIAL



ORBE

GALERIA IMPERIO 256
CASILLA 13171
SANTIAGO DE CHILE

